

ORAR CON ADELA

Hna. Marie-Joëlle BEC



Marie-Joëlle Bec, FMI

**ORAR CON
ADELA DE BATZ DE TRENQUELLÉON**

AGRADECIMIENTOS

(En el original francés)

Al terminar esta obra, expreso mi agradecimiento sincero a Roger Bichelbercher, que me animó en esta empresa. Igualmente, al Consejo Provincial de Francia, que buscó por todos los medios publicar estos textos y particularmente a la hermana Dominique Saunier, provincial y a la hermana Annik Robez Maisson, que se encargaron de la relectura.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Cartas de Adela de Batz de Trenquelléon*

- Volumen I: SPM, Madrid 1995
- Volumen II: SPM, Madrid 2002

2. *Index des lettres de Adèle de Batz de Trenquelléon*, Sucy-en-Brie 1987

El don de la amistad (Adela de Batz de Trenquelléon), por Eduardo Benlloch, PPC, Madrid 1999

Índice

Introducción

Vida de Adela de Batz de Trenquelléon

I. Celebremos el aniversario de nuestro bautismo

II. Por la fe, entramos en las miras de Dios

III. Amemos a Dios que se nos da en la comunión

IV. ¿En qué tierra recibimos la palabra de Dios?

V. Preparémonos a acoger al Dios que viene

VI. Redoblemos nuestro amor a Dios en esta cuaresma

VII. Amor a Cristo hasta la cruz

VIII. Con los apóstoles, esperando al Espíritu Santo

IX. Seamos como los apóstoles

X. Vayamos a beber en la fuente de la oración

XI. No agradaremos a Jesús más que amando a María

XII. Hagámonos todo a todos

XIII. El tiempo se nos va, apresurémonos a sacar provecho

XIV. Estamos en la carrera de los santos

XV. Permanezcamos firmes en el esperanza

Nota: Marie-Joëlle Bec fue la 13ª Superiora General de las FMI, de 2002 a 2012

INTRODUCCIÓN

El Capítulo General de las Hijas de María Inmaculada (Marianistas) de 1997 recordaba a las hermanas:

“Los miembros de las Comunidades Laicas Marianistas, los laicos consagrados de la Alianza Marial, las religiosas y religiosos marianistas, formamos una misma Familia que tiene su origen en la intuición misionera de nuestros fundadores, el P. Chaminade y M. Adela de Trenquelléon. (28° C.G.,33)

Y a nosotras, religiosas marianistas, nos invitaba a *“dar a conocer a M. Adela, mujer que escucha y guarda en su corazón, siguiendo el ejemplo estimulante de María, y a poner en práctica lo que ella aportó de personal en la fundación de la Familia Marianista, sus intuiciones, su creatividad misionera”*. (28° C.G., 38).

A esto quiere contribuir modestamente “Orar con Adela de Batz de Trenquelléon.”

Adela, ciertamente mucho más joven que el P.Chaminade, se benefició con su acompañamiento, con sus consejos, con su apoyo. A su vez, éste supo reconocer en las inspiraciones de ella las llamadas del Espíritu secundándolas para que dieran hermosos frutos.

Adela puede aportar hoy a la Familia Marianista su juventud de alma, su frescura, el ardor de su amor a Cristo y a su Madre, su inventiva para responder a las necesidades concretas y cotidianas de la infancia, de la juventud, de los pobres, su esperanza en el amor que Dios tiene a todo hombre quienquiera que sea.

Ojalá todos los que se introduzcan por las sendas de la “Oración con Adela” puedan encontrar en su juventud y entusiasmo un nuevo ímpetu para proponer la fe y servir a los que le rodean, y se comprometan en el camino de la santidad que no es más que amor.

SIGLAS

Las citas son extractos de los dos volúmenes de las cartas de Adela:

Vol. I cartas 1 a 304

Vol. II cartas 305 a 737

Ejemplo: 227.5 = carta 227 nº5

VIDA DE ADELA DE BATZ DE TRENQUELLÉON

Fundadora de las Hijas de María Inmaculada (Marianistas)

Adela nace en el Castillo de Trenquelléon (Feugarolles) el 10 de junio de 1789, un mes y algunos días antes de la toma de la Bastilla, de una familia noble, cuyos orígenes por parte de madre se remontan a san Luis. Su padre es un oficial que sirve en la “Guardia Francesa”. Fiel al rey, conoce el exilio. También Adela tiene que abandonar Trenquelléon en 1797 con su madre y Carlos, su hermano más pequeño.

El exilio

España y después Portugal los acogen; dura experiencia para una niña, pero experiencia que la hace madurar, la abre a otros, arraiga en ella la oración y sobre todo el amor a Cristo.

En San Sebastián (España) el día de la Epifanía de 1801 hace su primera comunión; tiene 11 años y medio. Representa un gran momento de su vida: un encuentro inolvidable con Jesús en el sacramento de la Eucaristía.

Algunos meses más tarde, vuelve a Francia con su familia; pero con la condición de que sus padres la conduzcan de nuevo a España para entrar en el Carmelo cuando tenga la edad.

Adela quedará marcada toda su vida por el espectáculo de desolación que ofrecen las poblaciones que atraviesa: iglesias transformadas en granjas o cuadras, estatuas decapitadas, miseria de la gente.

Adela pone manos a la obra

De vuelta a casa, no olvida la llamada de Jesús: llegar a ser carmelita. El señor Ducourneau, que se preparaba para el sacerdocio en el momento de la revolución, vino al castillo en 1802 para ocuparse de la educación de Carlos. Aconsejada entonces por su madre, le pide un plan de vida, para que, llegado el momento, pueda responder a la llamada del Señor.

Este reglamento le señala media hora de oración por la mañana y otra media hora por la tarde, misa diaria, lectura, rezo del rosario... Al final, ella añade: *“Tomo la resolución de aplicarme principalmente a la práctica de la humildad, la mansedumbre, la obediencia; de renunciar a mi propia voluntad, de esforzarme en fin en la práctica de todas las virtudes, en particular de aquellas que me son más necesarias para mi estado actual y para el Carmelo”*.

En 1803 recibe la confirmación. Para recibir este sacramento, se prepara retirándose seis semanas con las carmelitas de Agen que viven clandestinamente: esta orden religiosa había sido prohibida durante la revolución. En ese momento toma la costumbre de recogerse, a las tres de la tarde, al pie de la cruz, para unirse con Cristo, en su amor inmenso por los hombres. Arde en deseos de compartir la fe que la anima... Con Juana Diché, que se confirmó al mismo tiempo que ella y es un poco mayor, comienza a compartir su fe y su vida cristiana, de lo cual se maravilla el señor Ducourneau. Éste les sugiere fundar una asociación de oración y apoyo mutuo de su fe, de su amor a Cristo y de su deseo apostólico.

De la “Pequeña Asociación”... a la Congregación mariana

La asociación bautizada “Pequeña Asociación” se constituye durante el verano de 1804. Rápidamente crece el número de sus miembros. La Asociación, al principio está dirigida por Juana, pero al casarse ésta en abril de 1805 con el doctor Belloc, no está tan disponible. Adela asume enteramente la responsabilidad. Cada semana, una carta, destinada a las asociadas, sale del castillo comentando el evangelio del domingo, una fiesta, un tiempo litúrgico, o en ayuda para prepararse a la comunión... Así, sus miembros se sienten menos aislados. Se estimulan a vivir el evangelio, a ser misioneras donde viven: con sus familias, sus amigas. Dan catequesis, atienden a los pobres en sus necesidades, visitan a los enfermos, a los presos... Adela abre una escuela en el castillo de sus padres.

La preocupación por la educación humana y cristiana de la juventud del campo le entusiasma. En cuanto oye llegar a sus pequeños alumnos, que vienen a cualquier hora, deja todo: ellos viven en las aldeas vecinas, trabajan en las granjas, llevan animales a pastar y apenas saben qué hora es.

En el verano de 1808 en Figeac, departamento de Lot la baronesa de Trenquelléon, su madre, encuentra al señor Jacinto Lafon; le habla de la “Pequeña Asociación” que anima su hija. Constatando que hay gran parecido con la congregación que el P. Chaminade ha fundado en Burdeos, el señor Lafon propone que se pongan en contacto.

Tiempo de prueba

Pero en noviembre, Adela pasa por una prueba: un joven distinguido, respetable bajo cualquier punto de vista, desea casarse con ella. Adela se hunde en un mar de dudas ¿que debe hacer? Su madre se calla, reza, no quiere en absoluto influir en su respuesta. Adela ve el ejemplo de Juana, señora de Belloc, su amiga desde los primeros días, fundadora de la “Pequeña Asociación” que ahora es una esposa dichosa, una madre entregada, y sigue actuando en la Asociación. Sí ¿qué debe hacer? Diría gustosa que sí, pero el Señor ¿no espera de ella otra cosa? Reza pide consejo y por fin la víspera de la fiesta de la presentación de María, puede decir *positivamente no* a esta proposición.

Algunos días más tarde, recibe una carta larga del P. Chaminade que le explica la organización y las prácticas de los diferentes grupos de la Congregación. Con su carta le envía también el libro de la Congregación: “Manual del servidor de María”. Adela es feliz.

Con pleno gozo escribe a Águeda, una de las hermanas de Juana: *Es preciso ser santas a toda costa. Imploramos sin cesar la ayuda de la Santísima Virgen... Hagámosle el don de nosotras mismas con la consagración que hay en el “Manual del Servidor de María”; exhorta a todas nuestras hermanas a hacerlo a menudo* . (91.5.6)

Liberada por la negativa que ha dado con toda la lucidez, su corazón es ahora más que nunca enteramente de Dios.

Los objetivos de estos dos grupos se unifican y con alegría la “Pequeña Asociación”, de 60 miembros en ese momento, es recibida por la Congregación de Burdeos (actualmente se llaman Fraternidades Marianistas). Adela profundiza su amor a María haciendo la consagración propuesta por el P. Chaminade. Incansablemente escribe para comunicar lo que le hace vivir y sostener su fe, el amor de Dios y del prójimo entre sus asociadas.

“Un querido proyecto”: la fundación del Instituto

Para entregarse mejor a las tareas de evangelización, con otras compañeras que compartieran sus miras, comienza a acariciar un “querido proyecto”: la fundación de un Instituto religioso.

Solicita entonces la ayuda del P. Chaminade para escribir una Regla de vida. De esta manera, nace en Agen el 25 de mayo de 1816 el Instituto de Hijas de María. Al año siguiente nacerá la rama masculina de la orden: la Compañía de María.

Una vez instaladas en Agen, las jóvenes son iniciadas a la vida religiosa por la señorita de Lamourus, fundadora de la Misericordia en Burdeos. Esperan la llegada del P. Chaminade para que les explicará las constituciones. Enseguida se ponen manos a la obra, entregándose esencialmente al acompañamiento de grupos de la Congregación (adolescentes, jóvenes y madres de familia) y a la educación mediante clases gratuitas a las niñas pobres de Agen, después en Tonneins (1820), Condom (1824) (donde se abre el primer internado), Arbois en Francocondado (1826), también mediante talleres donde las adolescentes aprenden a coser, bordar y cortar.

La preocupación por la formación se extiende incluso a las pobres mujeres del campo, que tenían entre 40 y 50, años totalmente ignorantes en cuanto a la fe. La hermana que se ocupa de ellas les da las instrucciones en dialecto para hacerse más cercana a esas personas.

Adela se muestra muy pedagoga en la forma de animar las reuniones de la Congregación; la enseñanza se da entablando un diálogo; una hermana se encarga de hacer preguntas para que sea más dinámico y atractivo.

Pide a las hermanas, que se ocupan de grupos de la Congregación, que formen convenientemente a algunas *responsables*, es decir, personas a quienes se les puedan confiar responsabilidades.

Sigue igualmente de cerca lo que se hace en las clases. Se preocupa de ampliar la enseñanza; además de las asignaturas comunes, se enseña italiano, bellas artes, en particular música.

A partir de 1824, sus cartas nos informan que hace adoptar, por las hermanas docentes el método que el P. Chaminade ha puesto a punto para los hermanos (método tradicional y método mutuo: los alumnos más dotados ayudan a los que tienen dificultad en seguir).

Hablar al corazón

Recomienda, a menudo, llegar al corazón, hacer nacer la confianza, porque entonces todo está ganado. Las jóvenes se ponen en camino y progresan.

Le interesa que las novicias reciban una formación sólida, tanto en la instrucción, la costura, el bordado, como en la fe y en la vida espiritual. Se descubre el ardor apostólico que siempre le ha caracterizado. Para ella la enseñanza no tiene otra razón de ser sino llegar a formar no solo mujeres sino también cristianas.

Ya en el castillo de sus padres, no se contentaba con hacer disfrutar a los niños de la lectura, la escritura, el cálculo; también les hacía descubrir a Jesús, pues toda su vida estuvo convencida que solo él puede aportar el pleno desarrollo a quien lo conoce y lo acoge como su único salvador.

No tiene ninguna dificultad en hacer suyo el objetivo que se había fijado el P. Chaminade y que expresó claramente en una carta de 1834: *“La enseñanza no es más que un medio que empleamos para cumplir nuestra misión, es decir, para extender por todas partes el espíritu de fe, la religiosidad y multiplicar cristianos”* (Cartas del P. Chaminade, T.III p. 378).

“Hosanna al Hijo de David”

Pase lo que pase, se interesa por lo que hacen sus hermanas: las anima, las sostiene, les invita a caminar por la senda de la santidad. Les aconseja ser vírgenes prudentes, con su lámpara bien llena para acoger al Divino Esposo cuando llegue. Agotada por el trabajo y también por la enfermedad que ya le había conducido a las puertas de la muerte en otoño de 1809, quería aprovechar el tiempo que le era dado vivir. Con un grito de amor “Hosanna al Hijo de David”, murió el 10 de enero de 1828. Al amanecer se reunió definitivamente con Cristo a quien sirvió con amor, entusiasmo y creatividad, particularmente entre las jóvenes menos dotadas. No tenía aún 40 años.

La pequeña semilla crece y se extiende

La pequeña semilla, plantada en el suelo del agenesado en 1816, se desarrolla como un árbol que extiende sus ramas en cuatro continentes y trece países. Madre Adela sigue animando todavía hoy el impulso misionero de sus hermanas; tanto es así, que el Capítulo General de 1997 escribía como conclusión: *“Con la Virgen de la Visitación queremos ir con presteza a los hombres necesitados para prestarles ayuda pero sobre todo para llevarles a Jesús...”* Así se realizará el deseo de la madre Adela: *¡Propaguémonos para la mayor gloria de Dios! ¡Bendito sea el nombre del Señor de Oriente a Occidente! ¡Que sea conocido en todas partes, amado por todos los corazones, servido por todas sus criaturas!* (450.6).

En Francia, la separación de la iglesia y del estado de 1905 privó a las congregaciones religiosas de sus bienes y del derecho a enseñar. Esta legislación urgió al Instituto a franquear los Pirineos y a instalarse en el país vasco. España fundó después en Colombia, Chile y finalmente en Brasil.

En el año 1949, las Hijas de María se implantaron en EE UU, en Italia y en Japón. Hace aproximadamente 20 años, las hermanas Japonesas fueron a Corea del Sur, llamadas a dar un testimonio de una vida posible entre japoneses y coreanos. Actualmente las hermanas coreanas miran hacia China. Las hermanas italianas, por su parte, se implantaron en Ecuador.

En 1963 una comunidad internacional se dirigió a África, concretamente a Kara en el Togo. Hace 12 años, se abrió una comunidad en Abidjan en Costa de Marfil para que las jóvenes africanas puedan seguir su formación profesional y catequética. El Togo cuenta actualmente con una segunda comunidad encargada de la educación en la fe de niños y jóvenes y de la formación de mujeres. Finalmente en enero del 2001, dos hermanas americanas respondieron a una llamada de jóvenes mejicanas.

¿De qué manera se está prosiguiendo la obra de Adela? Citaré nuestro Capítulo General de 1997: *“Como mujeres, estamos llamadas a acompañar a la vida, a velar por su crecimiento, a maravillarnos por los frutos que produce, a defenderla siempre que se vea amenazada. En todo esto, la madre Adela es para nosotras un ejemplo vivo. En su época, en el medio ambiente de entonces, con la educación que recibió, impulsada por el amor a Jesucristo, supo salir al encuentro de los más pequeños y atender a sus necesidades tanto materiales como espirituales. Tuvo creatividad para anunciar el Evangelio y servir a los demás. (...) En todas partes, aunque de modo diverso, nuestras mi-*

sión nos coloca entre los niños, los jóvenes, las familias. En nuestro mundo tan desorientado y en rápida transformación, nos esperan para que les ofrezcamos una escucha atenta, un acompañamiento respetuoso y paciente. Necesitan descubrir puntos de referencia indispensables para construir sus vidas y darles un sentido” (Nº 20-23).

¿Cómo se vivió esto en Francia? Hay comunidades al servicio de los jóvenes en centros escolares (acogida, enseñanza, catequesis, acompañamiento de laicos en sus responsabilidades...), otras están en parroquias ayudándoles a formarse, otras trabajan al lado de enfermos, de personas mayores. Cerca de cada comunidad se encuentra una o varias fraternidades de laicos que viven nuestra misma espiritualidad. Son ahora las descendientes de la Congregación del P. Chaminade y de Adela. Juntos, como miembros de la Familia Marianista, nos apoyamos en el servicio de la misión, haciendo alianza con María, cuya vocación es la de cooperar al nacimiento y educación de los discípulos de su hijo.

I Celebremos el aniversario de nuestro bautismo

*Voy a prepararme
al aniversario de mi bautismo... Voy a cumplir veinticinco años.
Empleemos mejor los años
que Dios nos conceda todavía.
Consagrémosle nuestra edad madura.
No vivamos ya sino para este divino Salvador...
¿Comprendes que debemos ser “pequeños apóstoles”...?
Hagámonos dignas de esta gloriosa vocación
a la que nos llama el Señor a pesar de nuestra indignidad (230. 4-8).*

Adela da mucha importancia a todos los sacramentos, y en particular al bautismo. No se olvida nunca de celebrar su aniversario. Leemos en la víspera de sus veinte años: *Estos días estoy renovando mis compromisos para prepararme al aniversario de mi bautizo (104.7)*. Cada año, esta fecha es para ella ocasión de maravillarse por la gracia que recibió en tal día. ¿No es acaso el bautismo una “regeneración”...? *El viernes hará veinticinco años, que Dios me regeneró en el santo bautismo (231.2)*. Sí, este sacramento es realmente fuente de vida nueva. San Pablo nos dice a propósito de esto: “Si alguno está con Cristo es una criatura nueva” (2Cor. 5, 17).

El bautismo nos hace hijos de Dios, hermanos en Jesucristo

¡Que gracia la del bautismo! ¿Podremos algún día agradecerla bastante? De hijos de cólera nos hace hijos de Dios y de la Iglesia, herederos del paraíso, hermanos de Jesucristo. En nuestro bautismo hemos realizado un divorcio eterno con el mundo... (270.3.4). Ciertamente, a través de estas palabras se manifiesta la teología de la época. Hoy no se hablaría de la misma forma. Detengámonos, sin embargo, en lo esencial: hemos sido transformados en hijos de Dios y por tanto hermanos en Cristo Jesús por un nuevo nacimiento que hunde sus raíces en la muerte y resurrección de Cristo; hemos roto con el pecado y todas sus secuelas. Es preciso hacer nuestro lo que nos ha sido dado “consagrándonos al Señor”(cfr. 270.4). Llegar a ser hijos de Dios y hermanos de Jesucristo es obra de toda la vida, como lo dice también san León Magno: Cristiano, “transfórmate en lo que eres”. Adela tiene conciencia de esto y nos invita a emprender este camino. Nos recuerda también que somos templos del Espíritu Santo. *Considerémonos como un templo en donde reside el Espíritu Santo por la gracia. Le fuimos consagradas en el santo bautismo (253.5)*.

Vida de relación con cada una de las personas de la Trinidad.

Adela nos invita a tener una relación personal con cada una de las personas de la Trinidad. El Padre es Dios de toda bondad, rico en misericordia, que sólo nos pide nuestro corazón. Nos pide que *le amemos con un corazón no dividido (...)*. *Nuestra vida no es más que un tejido de gracias con las que nos ha colmado su misericordia (119.5.4)*. Jesús es el Esposo, el Bienamado, el que da sentido a toda su vida, a todo lo que hace, el que la une a todos los que sirve, aquél que se ingenia en hacer conocer, amar y servir. ¡Que alegría para ella cada vez que puede recibirlo! (Hay que saber que en esa época había que confesarse para poder comulgar y si el confesor se ausentaba, había que esperar). El día de la visitación escribe: *Hace unas horas he tenido la dicha de alojar en mi corazón al santificador de Juan Bautista. Con cuánta más razón que Isabel he podido gritar: ¿De dónde me ha*

venido esta dicha, que mi Señor y mi Dios haya venido a visitarme? ¡Qué día tan dichoso para mí si sé conocerlo! Dulce Salvador mío, no te retires ya de mí; fija, por la gracia, tu morada en mi corazón (128.2 y 4). Este amor lo recibe de Jesús y lo lleva a la práctica con todos los que le rodean, porque *¡cómo podríamos no tener caridad cuando Dios tiene tantísima con nosotras!* (128.6). El Espíritu Santo está también muy presente en su existencia. Nos aconseja dirigirnos a Él para ser transformados en nuevas criaturas y para discernir lo que Dios espera de nosotras. *Mantengamos los oídos de nuestro corazón bien abiertos para escuchar sus divinas inspiraciones y seguirlas con fidelidad. Seamos más fervorosas, más ardientes con Dios, ya que el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo habrá venido sobre nosotras* (81.4).

El bautismo nos hace profetas, reyes y sacerdotes

En la carta de los obispos a los católicos de Francia encontramos esta afirmación a la que Adela se hubiera adherido de todo corazón: “La iglesia es portadora de un mensaje que tiene la misión de anunciar (profecía). Tiene también la misión de servir a los hombres (reino). No es menos cierto que esta transmisión del mensaje y este servicio a la humanidad culminan en la celebración litúrgica (sacerdocio), en la cual la comunidad recibe la palabra del Señor y ora por el bienestar de los pueblos”.

◆ Profetas

Adela se emplea a fondo en transmitir de infinidad de maneras el mensaje de amor que Jesús nos ha dejado: correspondencia, catequesis, reuniones de la Congregación. Da pruebas de gran creatividad. Se niega a ir en el carruaje de casa, para poder reunir a los niños que encuentra en el camino y llevarlos a misa los domingos. Para prepararse al aniversario de su bautismo - va a cumplir veinticinco años - anima a su amiga Amelia a *emplear mejor los años que Dios nos conceda todavía. Estas fiestas que estamos celebrando son muy propias para revisar nuestro fervor apostólico, purificarlo y entusiasmarlo, a la vista del que tuvieron los apóstoles. ¿Comprendes que debemos ser “pequeños apóstoles”* (230.6.7.8). Anunciar y ayudar a descubrir a Jesús y a su Madre María: en ello trabaja con todas sus fuerzas. *Esas pobres almas no saben nada. ¡Qué gracia es hacerles conocer a Jesucristo* (414.10).

◆ Reyes

“Servir a la vida de los hombres”, Adela lo ha aprendido de sus padres y muy especialmente de su madre que cuidaba de los enfermos, de las personas solas, de las que tenían necesidades de consuelo. Si se va hoy al castillo de Trenquelléon, la familia se complace en enseñar la entrada de la enorme cocina, donde había bancos que acogían a los mendigos. Adela misma los servía. Como las pobrezaas eran múltiples, ella y sus amigas quisieron consagrarse a tiempo completo al servicio del prójimo: consagración cuya fuente es el bautismo. *¡Feliz compromiso contraído en nuestro bautizo! Renovémoslo con todo nuestro corazón; comprometámonos de nuevo en el amor y en el servicio de Dios* (104.5). El amor se traduce siempre en obras, o no existe. Cuando es ya religiosa, escribe: *Queremos hacer de nuestras congregantes pequeñas, misioneras, si puedo decirlo, que difundan en sus familias y en la ciudad la semilla que nosotras sembramos en sus corazones. (...) Unas van al campo y reúnen a los niños para instruirlos; otras van a dar catequesis a los presos, etc.* (414.11). Lo que busca es multiplicar su acción. Es preciso que el bien se extienda en ondas sucesivas.

◆ Sacerdotes

La liturgia ocupa un lugar central en su vida. Parte de los textos de la misa, de los tiempos fuertes del año litúrgico, de las fiestas de la Virgen María, para estimular a sus amigas a vivir concretamente su amor a Dios. Lleva a la oración su preocupación por las asociadas, su salud física y espiritual, invita a rezar por los que serán confirmados (20.4), por la conversión de los protestantes, numerosos

en la región, por los enfermos, por las obras de las asociadas. Pide también la oración de otros, manifestando así la importancia dada a la comunión de los santos. Cada vez que va a Condom, a casa de sus tías, o a Figeac, a casa de su abuela, confía el viaje misionero que emprende a la oración de sus corresponsales. Estos viajes buscan hacer conquistas. *Nuestras amigas de Condom son estupendas. Hemos conquistado allí a dos nuevas* (162.4). No vacila en pedir oración: *no me olvides ante el Señor* (185.6).

Cada una de sus cartas empieza con una jaculatoria, destinada a recordar a lo largo del día, por quién y cómo se actúa. He aquí algunos ejemplos: *¡Dios mío, sólo tú puedes llenar mi corazón!* (84.1), o también: *¡Dios mío, aumenta mi amor a ti!* (65.1).

Dar gracias

En fin, ante tal don nos pide que demos gracias, haciéndola producir fruto: *¡Qué felicidad amar y servir a un Señor tan generoso! ¿Qué le devolveremos por el beneficio inestimable de habernos llamado a su servicio?* (104.6).

*Dios, Padre nuestro, gracias.
Gracias por el don del bautismo.
Gracias por habernos hecho hijos tuyos.
Que tu Espíritu nos haga hijos en tu Hijo amado.
Que nos enseñe a servirte en nuestros hermanos
y a revelarles tu amor, tu misericordia, tu ternura.*

II

Por la fe, entramos en las miras de Dios

*Ten buen ánimo,
viendo con los ojos de la fe cuánto te ama el Señor
y qué grande es la recompensa que te promete.
Todavía algunos días más de combate y nuestro corazón irá con aquél que amamos,
durante toda una eternidad (401.3).*

A lo largo de su vida, Adela se mantiene animada por una fe profunda, una fe que tiene sus raíces en el bautismo y la confirmación. Es una fe de niño, sencilla, sin rodeos, que va derecha al fin. Una fe que cuida siempre de alimentar con la oración, la comunión, la meditación, las enseñanzas de la iglesia, los escritos de los santos. Ama particularmente a Francisco de Sales, Teresa de Ávila, Ignacio... Al ritmo del año litúrgico se asocia a los misterios de Cristo, que contempla con la Virgen María.

Intenta constantemente comunicar esta fe por medio de sus cartas; quiere hacerla surgir, mantenerla y acrecentarla en los demás.

La fe le hace entrar en las miras de Dios

En “Creer” (p.51), el Padre Sesboüé escribe: “El Dios viviente siempre está infinitamente por encima de lo que podamos pensar de él. Por eso, nos sorprende y nos desconcierta. Llegar a creer, no puede ser más que un don de Dios, porque sólo Dios puede hablarnos de Dios”. Adela había comprendido esto y nos invita a entrar en la forma de ver las cosas que tiene Dios. *¡Cómo quisiera que resucitáramos todas a una vida completamente de fe completamente de gracia! ¡Que no viviéramos según nuestra naturaleza, que nos hace perder nuestro tiempo! Seamos mujeres de fe, veamos las cosas con el espíritu de fe (645.4).* Dios tiene sus miras; a nosotros nos corresponde entrar en ellas y encontraremos rápidamente *un gran medio de progreso (583.5)*. A veces, un camino que nos parece contrario a nuestra manera de ver las cosas, si entramos en una visión de fe, lo valoramos. Esto puede habernos sucedido ya. Pero necesitamos aún tiempo para descubrir, con Adela, que incluso las mismas pruebas, consideradas a la luz de la fe son *unas valiosas riquezas (129.6)*.

Esta íntima convicción la anima, cuando asegura que los enfermos son una fuente aún mayor de bendición que los que están en plena actividad. Se traslada entonces al calvario donde encuentra a María y escribe: *miremos las cosas con los ojos de la fe y mantengámonos como María de pie junto a la cruz. (568.3)*. Y cuando, un poco después de la fundación de Arbois, la superiora enferma gravemente de fiebre tifoidea, asegura: *esa querida comunidad se está fundando sobre el monte Calvario, es un buen augurio a los ojos de la fe (701.2)*. Por supuesto que esta convicción de fe la habita, pero no le impide suplicar al Señor que esta joven superiora no muera; sin embargo, a continuación hace suyas las palabras de Jesús en Getsemaní *¡Qué pase de mí este cáliz! ¡Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya! (Cfr. 701.1)*. Entrar en las miras de fe nos conduce a actuar, no según nuestra voluntad propia, sino según la voluntad de Dios. *Todo según las miras de la fe, pese a nuestras a nuestras inclinaciones y repugnancias. ¡Dios sólo en todo y para todo! (540.4)*.

Actuar por la fe

Adela, que se complace en contemplar la fe de María en la anunciación y en el calvario, nos anima a hacer nuestra la voluntad de Dios: *Si poseyéramos bien la hermosa virtud de la conformidad con la voluntad de Dios, ¡qué paz tendríamos! En las penas más agudas, esta conformidad, esta confianza en Dios sería nuestro consuelo más dulce* (129.5). La fe sin embargo nunca es una luz que deslumbra, nos ayuda a avanzar a tientas, en libertad, por eso supone discernimiento y ánimo. A menudo, es siempre más fácil dejarse arrastrar, escuchar a la naturaleza que nos invita a un repliegue sobre sí mismo. *Reafirmemos nuestros ánimos con pensamientos de fe; trabajemos siempre al resplandor de su luz; consideremos todo con sus miras y no con las de una naturaleza que nos ciega y nos seduce. El Señor nos ha concedido tantas gracias....* (669.9).

En el bautismo nos hemos convertido en hijos de Dios y miembros de Cristo por el Espíritu. Amados con tal amor, ¿cómo no podríamos dejar de entrar en *esa tierra que (nos) muestra el Señor, en esa vida de fe en donde todo es mérito, donde ningún momento se pierde, porque todo se tiene en cuenta para la eternidad, (...que) será lo bastante prolongada para desquitarnos de todas nuestras menudas contrariedades* (520.4.5). Sabe muy bien que en este camino de fe nos pueden desanimar los gestos de los demás, sus manías, incluso su pecado. Entonces nos invita a mirar más allá, a considerar a Dios que realiza su obra a través de las criaturas. Y así, cuando se proclama y se comenta la Palabra de Dios, la fe nos permite escucharla como Palabra de Dios y no como palabra humana y puede hacernos seguir su camino en nuestras vidas (Cfr. 613.3). Ciertas hermanas corren también el riesgo de atarse demasiado humanamente a sus superiores; ella nos asegura que *los defectos de los superiores también sirven para que los inferiores actúen con más fe y miren a Dios más que a la criatura; no es pequeña ventaja* (582.7). Adela escribe contemplando a María: *¡ojalá poseyera esa fe viva que hace meritorias todas las acciones, hasta las más comunes, al hacerlas según las miras de la fe! Hagamos todo por Dios, le pertenecemos por tantos títulos* (160.6). Y nos deja como consigna: *aplícate mucho a animar todas tus acciones con el espíritu de fe* (532.4).

La fe es combate

Pero vivir de esta manera no es fácil. Si Jesús ha sido tentado, el que vive de la fe conocerá también la tentación. *Di al tentador: “Márchate, no vas a encontrar en mí nada que te pertenezca, soy toda de Jesucristo” (...)* Mantente perseverantemente en la presencia de Dios, haz muchas oraciones jaculatorias, sobre todo ésta: *“Dios mío, ven en mi ayuda, date prisa en socorrerme”* (564.5.6). Así, en la tentación, nos invita a recordar que, seamos lo que seamos, por nuestro bautismo somos miembros de Jesucristo y sugiere que permanezcamos en la presencia de Dios invocándole, pues solo de él viene la salvación. Por la cruz resistiremos: *Con este signo no podremos ser vencidas. Combatamos el santo combate de la fe* (689.4). Todavía escribe: *¡Ánimo, Dios se complace al vernos combatir! También sonrío con nuestras victorias. Estamos en puestos de combate (...)* no retrocedamos (496.4). En el corazón de nuestra fe, se encuentra el misterio pascual, la lucha entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte, entre el amor y el pecado. Cristo por su cruz, nos introduce en su muerte para hacernos entrar en la luz, la vida y el amor; lo que Adela expresa con estas palabras: *Caminemos con la cruz, siguiendo a nuestro divino Maestro* (544.4). Si hemos acompañado al Señor en los misterios de su Pasión y de su muerte, entonces podremos *volver a emprender una vida nueva con Jesucristo y merecer una resección espiritual* (161.7).

Reanimar nuestra fe

En la oración, la meditación, la comunión, se va a desarrollar, renovar y hacer más profunda nuestra fe. *Vive de la fe, de una fe totalmente desnuda; mantente por la oración, por la sagrada comunión. Vida interior, vida de fe, vida escondida en Dios* (584.7). La intimidad con el Señor vivida día a día, ya sea a través de los sacramentos ya sea a través de las acciones más banales, *tratando de mante-*

*ner el espíritu interior en todo, nos permitirá despertar nuestra fe sin cesar, para conseguir no vivir más que de su vida, de su amor, de su voluntad (569.2). Se trata, en efecto, de vivir nuestra fe a ejemplo de Simeón (173.5), de los Magos (289.4), de los santos. Adela sabe por experiencia que fácil es seguir su naturaleza, ceder a la rutina; por eso, invita a mirar a los santos, a seguir con ellos los pasos de Cristo. Nos han precedido a la Casa del Padre. Su ejemplo debe estimularnos. Conocen ya las alegrías eternas. Nos están esperando. *Estamos en la carrera de los santos (...) la ruta está trazada, marchemos en su seguimiento (439.4). Animémonos con esta multitud de santos (...) Reavivemos nuestra fe, nuestro celo, nuestro amor (201.2).**

Señor, tú lo sabes, vivir de la fe no es natural.

Ven en ayuda de nuestra pobre fe.

Nos gusta tanto ser los dueños de nuestra existencia.

*Ven a tomar las riendas de nuestra vida,
para que, viviendo de la fe, fijos los ojos en ti,
a ejemplo de María, tu madre y nuestra madre,
nuestra vida cante tu amor.*

III

Amemos a Dios que se nos da en la comunión

*He tenido la dicha de alimentarme con el pan celestial.
¡Oh Dios mío, mira el deseo sincero que tengo de servirte
y de agradarte durante el resto de mis días!
Fortalece mi débil voluntad,
sé mi fuerza, mi auxilio y mi apoyo (130.2).*

Dios nos ama, Adela está convencida y se esfuerza en comunicar esta convicción a sus corresponsales: *¡Que bueno es este padre enternecedor, el mejor de los padres! Amémosle, devolvámosle amor por amor, ardamos de amor por él, no tengamos amor más que para él (52,7)*. Dios nos ama hasta el punto que ha querido darnos a su Hijo. Adela se maravilla: *el Verbo de Dios toma nuestra carne. El Hijo de Dios se hace hijo del hombre. Dios mismo se hace nuestro hermano. ¡Oh prodigio del amor de Dios a los hombres culpables! (35.3)*. No contento de compartir nuestra condición humana, Jesús, antes de darnos la prueba mayor de su amor, muriendo en la cruz, se pone en manos humanas para vivir y permanecer entre nosotros. *¡Es tan maravilloso! El Señor se ha dado todo a mí. ¡Que favor! (194.2)*. Desde el primer encuentro de Adela con Jesús en la Eucaristía, este sacramento es de capital importancia en su vida. Lo desea, se prepara a él, vive de él, da gracias y exhorta a sus amigas, a sus hermanas a hacer lo mismo.

Desear la comunión

A nosotros que hoy podemos comulgar tan a menudo, nos da un fuerte aldabonazo: *Corramos, pues, hacia la hoguera de amor que es nuestro Dios (162.7)*. No pudiendo comulgar cada vez que lo desea, Adela y sus amigas se preparan con fervor a este encuentro de amor. *Ansiemos comulgar, y que el fervor de nuestro deseo nos merezca la gracia de que Dios venga a nosotras. Reza por mí el domingo; espero tener esa dicha (26.3)*. Dicha de comulgar, dicha de estar unida a Dios, son expresiones que encontramos frecuentemente en sus cartas. Comulgar no es nunca para ella un acto rutinario; le gustaría hacerlo cada vez como si fuera la primera: *Llevemos a cada una de nuestras comuniones, si es posible la fe, el amor, el deseo que se lleva de ordinario a la primera comunión; porque en definitiva, es el mismo Dios el que se entrega a nosotras, y con el mismo amor (232.6)*. Fe, amor, deseo, Adela recuerda su primera comunión, hecha en la iglesia de Santa María de San Sebastián el día de la Epifanía en 1801, primer encuentro con Jesús que ella había querido preparar con el tiempo suficiente.

Prepararse

Consciente de la grandeza de los sacramentos, Adela intenta vivirlos con las mejores disposiciones y pide al Señor ayuda. *Preparémonos a la comunión con mayor entusiasmo, con mayor fervor que de ordinario. Que, como los discípulos de Emaús, nuestros corazones ardan cuando oigamos la voz secreta que nos hará oír Aquel que está en medio de nosotras. ¡Ardamos de fervor, ardamos sin cesar para este Señor que no cesa de colmarnos de favores! (47.3)*. Se trata de ponerse a la escucha del que viene a unirse a nosotros; esto supone acallar todos los ruidos, todas las preocupaciones que nos habitan, pues Dios habla en el silencio, en lo secreto del corazón. Y habiéndole oído, será posible responder al amor que nos manifiesta. Para prepararse a un buen encuentro, invita a evitar el pecado, a luchar contra el desánimo, a conformarse con los acontecimientos, con todo lo que se pre-

sente, a redoblar el amor y a pedir la gracia de Dios. *Mantengámonos siempre alerta, armémonos con las armas del cielo: recurramos a la oración, pidamos ayuda a Dios y venceremos* (25.4). Nos pide que hagamos lo que podamos y a contar, al mismo tiempo, con el Señor que nos dará lo que necesitamos.

Siempre con confianza, Adela se acerca a su Señor y pide a sus corresponsales que hagan lo mismo. *¡Vayamos con confianza al encuentro de un Dios tan bueno, que nos ama tanto, que tiene tanta alegría al vernos a su mesa!* (86.6). Es feliz al comulgar, pues sabe que haciéndolo, responde a la espera de su Señor que “tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres” (cfr. Prov. 8, 31). Comulgar es para ella una gran alegría pues sabe que también es una alegría para Aquel al que quiere pertenecer totalmente. Y así, progresa de comunión en comunión, viviendo de esta íntima unión con su Señor.

Vivir de la Eucaristía

¡Vamos! Amemos a Dios tanto como lo exige un amor tan grande de su parte. Vivamos la vida de Dios, ya que vivimos de la carne de un Dios (183.3). *Asimilemos las cualidades del alimento con que nos nutrimos* (203.4). Vivir la vida de Dios es adoptar sus costumbres y llegar a ser, poco a poco, parecidas a Jesús, manso y humilde de corazón. Escribe: *adornemos (nuestro corazón) con las virtudes que le son más queridas, sobre todo la mansedumbre y la humildad (...) apliquémonos a ellas con una atención especialísima, porque él mismo las llama las virtudes de su corazón* (97.7). Mansedumbre, humildad, es lo que Adela recomienda muchas veces a las que quieren avanzar por los caminos de la santidad. De esta manera, de una comunión a otra, *Jesús puede alegrarse de los progresos que hayamos hecho* (48,3). Invita a ir *a menudo a sacar de la fuente sobreabundante de la divina eucaristía* (313,4) la gracia que necesitamos para cumplir nuestra misión, esa misión que nos sobrepasa siempre y ante la cual tendemos a desanimarnos. Pero con la ayuda de la gracia, conseguiremos vencer todos los obstáculos. Hay que encontrar *toda la fuerza en el recogimiento y en la sagrada comunión* (684.9). Y contemplando a María, nos asegura que permaneceremos en paz en las dificultades, y nos dice: *Tu impotencia va a ser la sede de la omnipotencia del Señor. Mirará tu bajeza y realizará su obra en ti y por ti* (543.13). Entregándonos a él, permitiremos que realice su obra en nosotras como lo hizo en María. Así, el encuentro con Jesús en la eucaristía se prolongará a través de todo lo que vivimos. Es una comunión de todos los momentos, si la aceptamos; el Señor no nos abandonará, mientras no lo abandonemos.

Manifiestar agradecimiento

¿Que podremos devolverle al Señor por este beneficio tan grande?, exclama Adela y prosigue: la manera de agradecerse lo es acercarnos a menudo a comulgar con fe y amor (147.4.5). ¿Cómo en efecto, podemos agradecer mejor al Señor este gran don que Jesús nos da, que participando lo más a menudo posible en su mesa? ¿Qué diríamos de alguien, a quien hubiéramos hecho un regalo y no lo usara nunca? Jesús nos ha dado su cuerpo y su sangre para que vivamos. Nos dice: “Así como el Padre me ha enviado y yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por mí” (Jn. 6,57). Ante tal amor que es fuente de vida verdadera, *¿cómo podemos no sacrificar todo a un Dios que hace tanto por nosotras, a un Dios que quiere ser todo nuestro, a un Dios que quiere que seamos totalmente suyas?* (250.3). Contemplando a María que ha llevado en su seno a Jesús, no teme decirnos: *no vivamos, pues, más que para cantar las misericordias con que nos ha colmado el Señor. Manifestémosle nuestro agradecimiento con nuestra fidelidad* (79.6). Se constata: el amor llama al amor, nunca dice: es bastante; siempre va más lejos. Adela se abre al amor de Dios. Él puede derramar entonces en ella gracia tras gracia, lo que suscita una respuesta siempre más generosa y fiel: *Amemos a Dios, amémosle, ¡él nos ama tanto!* (21.3). Y cuando su respuesta no está a la altura se vuelve a

Jesús implorando su misericordia. *Si yo no prestara atención más que a la multitud de mis iniquidades, ¿cómo me atrevería a acercarme a la sagrada mesa? Pero no quiero mirar más que la bondad, la misericordia de mi Dios, que me invita con su bondad del todo paternal* (206.4).

*Jesús, tú vienes a mí tan a menudo en la Eucaristía:
que tu gracia me libre
de habituarme a este encuentro cotidiano,
que me conceda maravillarme del misterio que se realiza.
Jesús, enséñame poco a poco
a dejarte sitio, todo el sitio,
para que no sea yo quien viva, sino que tú vivas en mí.
Jesús manso y humilde de corazón, enséñame a amar.
¡Sí, qué grande es el misterio de la fe, el misterio del amor!*

IV

¿En qué tierra recibimos la palabra de Dios?

*¿En qué clase de tierra recibimos la semilla?
 En una tierra llena de zarzas y espinas, que ahogan enseguida
 las preciosas semillas de la palabra de Dios...
 Arranquemos de nuestra alma las espinas que haya;
 que el fuego del amor divino las consuma hasta las raíces.
 Demos por el contrario, buenas raíces a la preciosa semilla
 que Dios echa en nuestros corazones;
 que no caiga en corazones
 tan duros como las piedras de las rocas,
 sino en corazones tiernos para Dios.
 Tampoco la dejemos en un camino sin defensa,
 no sea que el demonio venga a quitárnosla.
 Más bien pongamos allí como guardianes,
 a la vigilancia cristiana y a la humildad;
 de ese modo nuestra semilla ya no estará en un camino
 donde cualquiera puede cogerla.
 Preparemos nuestros corazones: pongamos en ellos un buen abono
 para fertilizar la tierra, infecunda por naturaleza.
 Reguémosla con frecuencia. ¿Con qué?
 Con la sangre adorable de nuestro Salvador.
 ¿Qué tierra no sacaría provecho de semejante riego?
 Trabajémosla con el sudor de nuestra frente
 para extirpar las malas hierbas.
 Entonces habiendo recibido la semilla con un corazón puro preparado,
 dará el ciento por uno (33.3.4).*

La palabra de Dios ocupa un importante lugar en la vida de Adela. Vivió de esta palabra, acogida en la fe y en el amor. Buscó ponerla en práctica y traducirla en las diversas maneras de responder a las llamadas de la misión.

Acoger la palabra de Dios

Para acoger la palabra de Dios, hay que empezar por preparar el corazón: esto significa que hay que luchar contra todo lo que nos puede impedir escuchar esta palabra: ruidos, preocupaciones, cuidados excesivos, repliegues sobre uno mismo... Adela nos dice también que debemos poner guardias: vigilancia y humildad. La vigilancia es una actitud que nos dispone a escuchar y acoger la palabra en todo momento. La humildad consiste en no contar uno con sus propias fuerzas sino apoyarse en el Señor, como María. Después, hay que arrancar las malas hierbas, es decir, todo lo que nos impide prestar toda la atención al Señor y reconocer su voz. En otro lugar (70.4), añade que son necesarias la oración y las buenas obras. Con el P. Chaminade, acostumbra a decir: *en la soledad es donde Dios habla al corazón* (60.5). Nos recomienda, pues, el silencio. Viendo lo que queremos hacer, el Señor secará las espinas hasta sus raíces, es decir, todo lo que pueda perjudicar nuestro amor a Dios. Y la Sangre del Salvador va a regar la semilla. Por su gracia, la semilla podrá dar frutos (70.6).

Poner en práctica la Palabra

Recibida con fe (Cfr. Lc.8,21; 12,27), la palabra va a encarnarse: *apresurémonos a aprovechar bien la Palabra que tenemos la dicha de escuchar* (70.5).

Se trata, en efecto, de buscar qué significa la palabra para nosotros, a fin de darle cuerpo en nuestra vida. Adela nos dice, por ejemplo: *Te doy cita, el domingo, en medio de los apóstoles, a quienes se aparece Jesucristo diciéndoles: “¡La paz esté con vosotros!”*. *Imaginaremos estar con ellos y oír estas dulces palabras; allí tomaremos la firme resolución de vivir en paz con todo el mundo* (37.5). Jesús nos desea la paz, a nosotros nos toca edificarla allí donde estemos. Adela toma verdaderamente en serio la Palabra, pues es Jesús quien habla y dice lo que espera de nosotros. Pretende vivir en esta luz, poniendo en armonía su vida y lo que ha captado de la llamada de Cristo.

Compartir la Palabra y comunicarla

La palabra es vida, luz, fortaleza, desafío. Esta Palabra de Dios, que Adela medita cada día con amor, no solamente busca encarnarla en su hacer cotidiano, sino también compartirla con sus amigas, invitándoles a hacer lo mismo. Para ella, es la mejor manera de poner remedio a la situación en que vive el mundo.

La propone, a partir de una palabra, sacada de los salmos, de un versículo del evangelio, que se debe repetir durante la jornada de manera que fecunde las más pequeñas acciones.

La propone también, a partir de la meditación de la liturgia, de las fiestas de la Virgen. Así, escribe en la fiesta de la Anunciación: *¡Que gran fiesta, querida amiga! El Verbo de Dios toma nuestra carne. El Hijo de Dios se hace hijo del hombre. Dios mismo se hace nuestro hermano* (35.3). Y continúa meditando las actitudes de la Virgen, para que sus corresponsales se inspiren en ellas aplicándolas a su vida.

Parte de la Palabra para ayudar a sus amigas a prepararse a los sacramentos, sobre todo a la Eucaristía y a la Reconciliación. *Recordemos para animarnos en nuestra cobardía, esta palabra salida de la boca de Aquél que es la verdad misma: “Quien no come mi carne ni bebe mi sangre no tendrá vida en él”* (7.4). Más adelante, en la misma carta cita las palabras de Jesús: *“Venid a mí vosotros todos que estáis cansados y cargados, y yo os aliviaré. El pan que os he de dar es mi carne, y la bebida que beberéis es mi sangre”* (7.5).

He aquí lo que sugiere para prepararse a recibir el sacramento del perdón: *“Hagáis lo que hagáis, dice el apóstol, hacedlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.” Te reto piadosamente a ello; y para conseguirlo, te propongo, de aquí hasta la primera confesión, pedirle a Dios esta gracia, mañana y tarde, con una avemaría* (130.5). El mejor medio de prepararse a recibir el perdón del Señor, asegura, es intentar vivir recordando en nombre de quien se actúa. Si la Palabra de Dios le parece natural es porque vive de ella.

Consejos

En relación con nuestra actitud frente a la Palabra de Dios, nos da algunos consejos. Nos invita:

- A alimentarnos de ella: *Pidamos a Jesucristo que nos nutra con su divina Palabra* (83.7).

- A recordarla en el transcurso del día (y ¿por qué no, cuando el reloj dé la hora?), para hacer que vivifique lo que somos, lo que hacemos, lo que decimos.

He aquí lo que nos recomienda: *Te propongo querida amiga, que recordemos lo más a menudo que podamos, pero al menos tres veces al día, esta frase de Jesucristo: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”. Quisiera que la recordásemos cuando suene el reloj (292.6).*

- A escucharla y proclamarla con respeto.
- A orar con ayuda de esta Palabra: *Mientras que los mundanos se entregan a la diversión gimamos ante Dios y no cesemos de pedir la gracia para ellos con las palabras consagradas por nuestro divino Salvador: “Perdónalos, porque no saben lo que hacen” (64.4).*

Por otra parte, nos recuerda que solamente un corazón humilde puede acoger la Palabra. Esta misma invitación a la humildad que nos dirige, tiene sus raíces en la palabra de Dios. Parafrasea a la vez el texto del Magnificat y san Pablo: *Nuestra impotencia será la sede de su omnipotencia, y nuestra debilidad, la de su fortaleza, nuestra miseria, la de su misericordia (617.3).*

Para vivir el ejemplo del Salvador *que iba por las ciudades y pueblos (58.5)* para anunciar la Buena Nueva, es preciso que esta Palabra se haga vida en nosotros. Sólo entonces será posible hacer conocer, amar y servir a Jesús y María.

Alegría de ver la Palabra acogida

Sí, ¡qué alegría cuando se pudo constatar que la palabra recibida transforma nuestra vida! *Todos los domingos por la mañana, la madre San Vicente tiene una reunión con jóvenes y mujeres que escuchan con avidez la Palabra de Dios. Les habla en gascón. (...) Dios ama a los sencillos y les revela sus secretos. Seamos humildes y sencillas (581.6).* Al leer este pasaje, resuenan como un eco las alabanzas de Jesús. “Yo te bendigo Señor del cielo y de la tierra porque has ocultado éstas cosas a los sabios y prudentes de este mundo y se las has revelado a los sencillos” (Lc.10, 2).

Acoger la Palabra, trasmitirla por todos los medios, en especial a los sencillos y a los pobres, tal es el ideal al que nos invita Adela. Si la palabra de Dios es para nosotras fuente, alimento, paz, luz, nos tendrá siempre a la escucha. Hay siempre algo que hacer, algo que vivir para responder a esta Palabra que no es más que amor.

*Virgen María,
tú en quien la Palabra se hizo carne,
prepara nuestros corazones para escucharla,
ábrenos a la sencillez, a la humildad, a la disponibilidad.
Afíanzanos en la fe y en la confianza.
Es Jesús, tu Hijo, quien solicita nuestra respuesta.
Que nuestro “sí” se hunda en el tuyo,
nos haga cooperar en su designio de amor por todos los hombres,
en especial por los jóvenes, los pobres y los pequeños.*

V

Preparémonos a acoger al Dios que viene

*Vamos a comenzar el adviento: un tiempo de gracia...
Te propongo que nos unamos espiritualmente con nuestra divina Madre
e imitemos el recogimiento y la atención que mantenía
en su trato con el Hijo divino
que llevaba en sus entrañas (329.3).
Ahora es el tiempo querida amiga, de despertar de nuestra modorra
y de redoblar el valor para hacer progresar la obra de nuestra salvación (257.2).*

Adviento: tiempo de gracia vivido con María

Pablo VI, en la *Marialis Cultus*, escribía: “Los fieles, que viven el espíritu del adviento con la liturgia, y consideran el amor inefable con que María esperaba a su Hijo, se verán conducidos a tomarla como modelo y a prepararse al encuentro del Señor que viene” (Mc.4).

Adela ya había comprendido que el adviento era un tiempo para vivirlo con María. Propone imitarla en *el recogimiento y atención* ante la presencia de Aquél que vive en ella. María trata con su Hijo. Esa contemplación de María que se prepara al nacimiento de su Hijo, lleva a Adela a escribir: *trasládnos a menudo al seno de María para estar con este niño celestial; admiremos los ejemplos que nos prodiga su amor; ejemplos de humildad, de obediencia, de caridad, y tratemos de imitarle en algo* (329.3.4). ¡Qué misterio tan profundo! El Hijo eterno del Padre ha querido unirse tanto con el hombre que escogió pasar por todas las etapas de la vida humana y dejarse llevar en el seno de una mujer como todo hombre. ¡Hermoso misterio de obediencia, de pobreza, de humildad que nunca profundizaremos bastante! María, “la que guardaba todas las cosas en el corazón” (Lc.2, 19,51), la que ha vivido la mayor intimidad con el Verbo de Dios, nos invita justamente a entrar en el silencio de la contemplación, y a permanecer en él: *hemos tomado como virtud del adviento el silencio y el recogimiento* (463.2). Es una virtud muy adaptada *para honrar el silencio del Verbo encarnado en el seno de María* (352.6). Adela, que confió la protección de su “Pequeña Asociación” a María, nos propone permanecer en el seno de María, en intimidad con ella, para que nos introduzca poco a poco en el misterio de la Encarnación, el misterio de Dios, que ha querido hacerse uno como nosotros para no espantarnos. ¿Quién mejor que María puede ayudarnos a acoger al Verbo encarnado? ¿Quién mejor que María puede desvelar un poco el misterio? Pero es preciso guardar la palabra, como Ella y con Ella, dejarla hacer su camino en nosotros y el Verbo se hará carne en nuestra carne.

Prepararse a acoger a Dios que viene

En la escuela de María, Adela recoge, a su estilo, las llamadas de Juan Bautista: *Preparémosle el camino de nuestros corazones. Que se allanen las colinas de nuestro orgullo por una sincera humildad; que los valles, es decir, los vacíos de nuestro corazón, se llenen de virtudes; que los senderos tortuosos se enderecen, es decir que nuestras conciencias se hagan rectas y sinceras* (207.2). ¿No es acaso María la que nos enseñará a amar la humildad, a buscarla, dejando que su Hijo se apodere de nuestro corazón? Pero crecer en humildad, rectitud y sinceridad, es un trabajo que se debe emprender cada día sin poder nunca bajar los brazos: *redoblemos el fervor y los ánimos (...) esforcémonos en preparar nuestros corazones para recibir al Salvador que la más bella de las madres nos va a dar* (256.3). Es tan fácil caer en la rutina, la tibieza, cuando Dios es tan generoso en sus dones. *Ahora es*

el tiempo de despertar de nuestra modorra y de redoblar el valor para hacer progresar la obra de nuestra salvación.(...) Cuando un soldado se da cuenta de que está lejos de su compañía, apresura el paso para alcanzarla; así quiero hacer yo con la gracia de Dios: cuanto más tiempo he perdido, más lo quiero recuperar por mi fervor. Reza por mí (257.2.3). Hay que subrayar varios aspectos en este párrafo: el ardor por avanzar de Adela, la conciencia que tiene, como cada uno de nosotros, de no haber respondido siempre a las llamadas del Señor, su deseo de compensar, pero contando más con la gracia del Señor que con sus propias fuerzas, confiándose a la oración de su amiga. Si Adela toma el ejemplo del soldado es que, siendo hija de militar, sabe lo que quiere decir combatir. Lo aplica al combate espiritual: *no nos desanimemos al ver que caemos tantas veces: aunque cayéramos cien veces al día, levantémonos otras cien veces con un nuevo ánimo. En el combate espiritual sólo es vencido uno cuando se desanima (143.9).* En sus cartas a Águeda, vuelve de nuevo sobre el tema, ya que su amiga se desanima fácilmente por las dificultades que encuentra. Para luchar contra el desánimo hace una llamada a la vigilancia y a la oración. *Velemos sobre nosotras mismas para que el demonio, que ronda a nuestro alrededor como un león rugiente, no pueda devorarnos. Velemos a fin de cerrar todas las puertas de nuestros sentidos (...). Velemos, pero también recemos para obtener del Señor la gracia de velar bien (27.3).* Lúcida y muy realista, Adela conoce sus buenas disposiciones, su deseo de amar, de servir, pero sabe también por experiencia que no puede actuar más que con la gracia del Señor. Sólo Él da la fuerza para vencer al tentador; sin él, no pude hacer nada.

Acoger al que nos busca

El Dios, que quiere acoger Adela, es el primero que quiere morar en ella. Él encuentra sus *delicias en estar con los hijos de los hombres. (41.3).* Y así escribe Adela: *Este Dios de bondad se apresura a venir a nosotras (...). Él nos busca y nosotras le huimos (59.2).* ¿Tenemos conciencia de que Dios nos solicita, se hace un mendigo de nuestro amor, él que nos ha amado primero? (1 Jn.4.10). En el Apocalipsis Jesús nos dice. “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap. 3.20). Dios tiene siempre la iniciativa. Nunca nos violenta, porque entonces no estaríamos ya en el campo de su amor. Dios es soberanamente celoso de nuestra libertad ¿No le condujo esto a la muerte? Y Adela, consciente del amor que Jesús le tiene se maravilla de ser amada así: *Que bondad la del divino Salvador al venir a nacer en nuestro corazón, al venir a establecer en él su morada (206.2). Sí, se avecina, nuestro divino Liberador (207.2). Viene a traer la paz a los hombres de buena voluntad. (...) Él nos concederá las gracias que su divino nacimiento viene a traer a la tierra (208.3.4).* Y Jesús trae consigo la paz, la alegría, la sencillez, la humildad y la pobreza.

Que pueda nacer en nosotros

Sí, cuando viene a nacer en nosotros: *el divino Salvador quiere nacer en nosotras pobre y despojado de todas las comodidades de la vida, como un indigente. Él, a quien pertenece toda la tierra. Y a nosotras nos gusta tanto vivir confortablemente... Nace en un establo donde hay animales viles... ¡Qué humildad! (...) Jesús nace en la oscuridad de la noche: aprendamos a amar la vida escondida en Dios (60.2.5).* Y ya que él ha querido nacer así en el mayor despojo, para estar más cerca de los pequeños, los pobres, los olvidados, *preparémosle una cuna en nuestro corazón (311.5).* Con María podremos contemplar al que ella ofrece a nuestras miradas. Estallemos en alegría, en admiración y en agradecimiento, pues *¿qué no vamos a obtener de un Dios que nace en un pesebre por nuestro amor? Pongamos nuestra esperanza en él solo (...). ¡Qué digno de nuestro amor es este Jesús que nace! Amémosle, pues, mucho. ¿Y qué cosa puede ser costosa al que ama? (144.5-7).* En presencia de este misterio entremos en el silencio, contemplemos y admiremos al todopoderoso, al creador del cielo y

de la tierra que se hace uno de nosotros, hijo de una Virgen humilde cuyo título de gloria es ser la “esclava del Señor”. ¡Maravilla de amor!.

*Virgen María,
tu Hijo viene sin cesar a nosotros.
Quiere poner su tienda entre nosotros.
Tú sabes qué poco presentes estamos,
cómo nos dejamos distraer,
qué pocos ánimo tenemos para avanzar...
Tú que lo has llevado en tu seno,
ruega por nosotros.
que nuestros corazones se vuelvan hacia él,
que desaparezcan todos los obstáculos ante su venida,
que lo podamos acoger
acogiendo a los que él pone en nuestro camino.*

VI Redoblemos nuestro amor a Dios esta cuaresma

*Vamos a entrar en un tiempo de penitencia,
tratemos de hacer ayunar a nuestras pasiones más aún que a nuestros cuerpos.
Éste es el ayuno espiritual,
sin el cual el otro no es nada y no sirve de nada.
Preparémonos durante estos cuarenta días de cuaresma
a recibir el cordero pascual con un corazón puro y digno de él.
Tratemos de ser mejores al final de la cuaresma
para resucitar con Jesucristo a una vida nueva (67.5.6).*

Al acercarse la cuaresma, Adela desea a sus corresponsales, asociadas o religiosas, una dichosa y santa cuaresma. Así escribe: *Te deseo una santa cuaresma, con muchos frutos espirituales: otorguemos a nuestra alma aquello de lo que privamos a nuestro cuerpo. Que nuestra alma se nutra sólidamente (507.4).*

Para todo cristiano, la cuaresma es un tiempo ofrecido para unirse a Cristo en el desierto, para volverse con él hacia Dios, acoger su palabra y dejarla que renueve toda la vida. Es pues un tiempo para escoger a Dios, despojándonos de todo lo que nos estorba. Es un tiempo que nos conducirá a una comunión con la muerte y la resurrección de Cristo. Adela presenta la cuaresma como un tiempo de salvación para vivir con Jesús en el desierto, un tiempo marcado por un aumento del amor al Señor, un tiempo de ayuno, un tiempo vuelto hacia la Pascua.

Un tiempo de salvación vivido con Jesús en el desierto

¡Cómo me gustaría que la cuaresma fuera para nosotras una verdadera época de salvación y que tuviéramos algo que presentar a Jesús en Pascua! (219.4).

Pero la cuaresma es tiempo de salvación en la medida en que va acompañado de la conversión, de la renovación interior: *¡Cómo me gustaría, que esta cuaresma fuera un tiempo de conversión y renovación para nuestra querida casa de Condom (638.2).*

Este tiempo de salvación será provechoso si lo vivimos con Jesús, que afronta la tentación en el desierto y reconoce con un acto de adoración que sólo Dios es todo. *Cito a la Asociación todos los días, hasta el fin de la cuaresma, en el desierto, para hacer allí un acto de adoración (3.10). Qué útil es para nuestra débil naturaleza el ejemplo que nuestro Señor nos da de prepararnos a la tentación por la soledad del desierto. Hagamos compañía a nuestro divino Maestro en el desierto durante la cuaresma. Que nuestra mente esté más recogida y que elevemos más a menudo nuestro corazón a Dios (318.3,6). Practiquemos mejor el silencio y el recogimiento (427.6).*

Presenta así el tiempo de cuaresma como un tiempo de salvación, propicio para la conversión; se trata de vivir en la intimidad con el Señor, en la soledad, el silencio y el recogimiento.

Un tiempo indicado para redoblar nuestro amor hacia el Señor

Redoblemos nuestro amor a Dios en esta cuaresma y probémoselo evitando las menores faltas (637.4). Acostumbrémonos, querida amiga, a ocuparnos con pensamientos santos a lo largo de la jornada y a ponernos frecuentemente en la presencia de Dios. Pidámosle esta gracia porque, ¿qué podemos por nosotras mismas? (151.4).

Amar a Dios, vivir en su presencia, le conduce a valorar el sufrimiento de Dios y a rezar por la conversión de los pecadores. Invita a pedir perdón a Dios por los pecados que ofenden a Dios y su amor al hombre. Como el tiempo de carnaval es a menudo es un tiempo de libertinaje, escribe: *preparémonos a la mortificación de la cuaresma, pasando santamente el carnaval, lamentando todos los desórdenes que se cometen. Recemos las unas por las otras para que Dios nos sostenga (30.5). En cuanto a nosotras, entrañable amiga, seamos más sensatas y, mientras los mundanos se entregan a la diversión, gimamos ante Dios y no cesemos de pedir gracia para ellos con las palabras consagradas por nuestro divino Salvador: “Perdónalos, porque no saben lo que hacen” (64.4).*

Pero no es posible amar a Dios a medias, porque quiere todo nuestro corazón. “El religioso es el que se da totalmente a Dios por encima de todo”, dice el Vaticano II (L.G.44). Adela ya lo había comprendido antes de ser religiosa: *¡Qué bueno es nuestro encantador Maestro! Qué ventajoso resulta aplicarse únicamente a su servicio, porque es un Dios celoso: los corazones divididos le ofenden. Quiere todo nuestro corazón ¿dudaríamos en consagrárselo por entero? (299.2).*

Pero estar vinculado a Jesucristo supone renuncia y mortificación. Adela no teme urgir a sus amigas, a sus hermanas. *Procuremos conseguir un santo desprendimiento de nosotras mismas; renunciarnos en las cosas más pequeñas como en las mayores; acostumbrarnos a morir a todo (263.4).*

Tiempo de ayuno

Adela da gran importancia al ayuno, pero si piensa en el ayuno corporal, insiste especialmente en el ayuno espiritual. *Hoy nos hemos revestido de ceniza como signo de que nos revestimos del espíritu de penitencia; no lo abandonemos, pues, durante la cuaresma, y que un corazón contrito y humillado acompañe nuestros ayunos (68.9).*

Hagamos ayunar a nuestras pasiones más que a nuestro cuerpo. Éste es el ayuno espiritual, sin el cual el otro no es nada y no sirve para nada (67.5). Y añade: Mortifiquemos, sobre todo, nuestra voluntad propia, nuestro talante, nuestro orgullo, te lanzo el piadoso reto de no contradecir a nadie en esta cuaresma, salvo que haya necesidad de ello, y en ese caso hacerlo con mansedumbre (299.2). A otra le dirige este mensaje: esforcémonos por evitar el pecado con más cuidado, en mortificar nuestra voluntad, en ser más humildes, más mansas, más obedientes... La voluntad propia quita todo el mérito del ayuno: trabajemos, pues, para dominarla, abatirla, pisotearla, y ¡viva Jesús, viva María! (300.4).

Una vez religiosa, los consejos no cambian, tanto más cuanto que, desde los primeros años la salud de las hermanas, fue muy probada. Escribe así: *Remplacemos la austeridad del ayuno por un gran espíritu de ayuno: sacrificándonos generosamente al Señor, inmolándole nuestra propia voluntad, nuestro propio juicio, nuestra propia mente. No tengamos nada en propiedad, como personas que han hecho un voto de pobreza (369.8).*

Sabe que la salud es un bien y debe protegerse: *Hace falta lo necesario, pero no hay que conceder nada a la sensualidad. Con todo, hay que cuidar la salud: leche azucarada en cuaresma, pero con moderación (428.6). Consejo sabio, que va seguido de una orden esta vez: os ordeno ayunar de pecado (427.6). Ayuno espiritual, que conduce a las hermanas a trabajar con celo renovado en la corrección de nuestros vicios, en la adquisición de las virtudes (508.2).*

Ayuno que debe desembocar en más entrega, en un renuevo de fervor y de amor: *redoblemos, queridas hermanas, en este tiempo el fervor, para desagrar a nuestro Señor de los ultrajes que recibe. Evitemos la mínima falta voluntaria, para no aumentar el número de las que se cometen y desgarran el corazón de nuestro divino Maestro (424.11).*

Tiempo vuelto hacia la Pascua

Así como la liturgia nos propone el tiempo de cuaresma para prepararnos a vivir intensamente la muerte y resurrección de Cristo, Adela, que se deja guiar por la liturgia, no propone nunca la cuaresma como fin en sí misma, no tiene su razón de ser más que orientada hacia la Pascua. *Tratemos de sacar frutos de renovación del recuerdo de los misterios de la pasión de nuestro divino Salvador. Muramos al pecado, al mundo y a nosotras mismas, para volver a emprender una vida nueva con Jesucristo (161.7). “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”, dice ese adorable Salvador. ¿Podría enseñarnos la virtud de una manera más amable que diciendo: “Aprended de mí?” Sí, Señor Jesús, en tu escuela, en la escuela del calvario, al pie de la cruz, iremos a admirar la mansedumbre que tienes con tus verdugos y la humildad que te lleva a soportar, tú que eres Dios, ser puesto entre dos malhechores (97.7.8). Ha resucitado nuestro divino Maestro. Pero ¿también nosotras podremos decir que hemos resucitado? ¿Tenemos un corazón nuevo? (...) ¿Estamos más unidas a nuestro Dios? ¿Es más suyo nuestro corazón? (98.2).*

Resucitar con Jesús, ése era el fin claro que se proponía al comenzar la cuaresma: *Preparémonos durante estos cuarenta días de cuaresma a recibir el cordero pascual con un corazón puro y digno de él. Tratemos de ser mejores al final de la cuaresma para resucitar con Jesucristo a una vida nueva (67.6).*

*Gracias, Señor, por este tiempo de cuaresma.
Tu Espíritu nos conduce al desierto con Jesús, tu Hijo;
que él nos enseñe a escogerte, a preferirte a todo.
Con él, encontraremos la fuente
que nos hace vivir con él y pasar por la muerte,
para entrar en la vida eterna
que su amor nos ha adquirido.*

VII Amor a Cristo hasta la cruz

*Devolvámosle amor por amor,
si no podemos devolverle vida por vida.
Que el mundo ya no sea nada para nosotras.
Amemos a Dios sobre todas las cosas,
y a todas las cosas en él y en relación con él.
Que este adorable esposo de nuestras almas
colme todos nuestros deseos, todos nuestros afectos (181.5.6).*

“Mi amado es mío y yo soy suya” (Cant. 2, 16)

Este pasaje del *Cantar de los cantares* expresa la alianza de Dios con su pueblo, esta alianza que recorre toda la Biblia, y de la cual vive Adela. Guarda un vivo recuerdo de su primer encuentro con Jesús en la Eucaristía. Jesús se ha dado a ella y ella se ha entregado a Jesús, consciente de lo que hacía, y por eso, desea pertenecerle totalmente. ¿Acaso no expresó al final del exilio su deseo de quedarse en España para poder entregarse al Señor cuando tuviera la edad?

¡El Bienamado! El que, desde la edad de dieciséis años, llama “su celeste esposo”. *Este Amado es para nosotras siempre que lo queramos; ¿y nosotras somos para él cuando él lo quiere?* (26.2). Adela vive profundamente esta relación sponsal con su Señor e intenta hacerla siempre más sincera, pues experimenta sin cesar, como nosotros, que caemos en el camino a pesar de nuestro deseo de avanzar. Jesús es el Bienamado de su vida, es él quien la llama, la solicita, es él quien despierta en ella el amor. Escribe: *él da los primeros pasos* (115.3).

Jesús nos ofrece su amor

Adela nos trasmite, a su manera, el mensaje de San Juan “no hemos amado a Dios, sino que es Dios quien nos ha amado primero (1Jn 2,10): *este dulce Jesús nos ama con un amor muy especial, de ello tenemos las pruebas más entrañables. Démonos prisa en aprovecharlas* (114.3). Sí, Jesús viene a nosotras, nos llama, pero siempre con discreción, pues es muy respetuoso de nuestra libertad. Quiere ser amado y servido por amor. Casi tímidamente nos repite: “Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos” (Ap. 3, 20). Y así, escribe: *intenta que Dios se deleite en ti. Él ha dicho de sí mismo: Mis delicias son estar con los hijos de los hombres. ¡Qué bondad! ¿Y no serán nuestras delicias estar con él?* (26.3). Es el texto de *Proverbios* (8, 31) que cita aquí, lo aplica también a la comunión, cuando Cristo viene a morar en nosotros: *ese prodigio del amor de Dios por nosotros* (83.6).

Ha hecho tanto por mí, ¿qué no deberé hacer por él? (319.3)

Maravillada por este amor, Adela, se abre al Bienamado, se entrega a él sin reserva, sin restricción y sin retorno. Es el primero en su vida y entonces ocupa su lugar, su justo lugar, pues a su luz, Adela discierne lo que le agrada lo que espera de ella. Ha comprendido lo que Jesús dijo a las grandes muchedumbres que le seguían: “Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, (...)

no puede ser discípulo mío. Quien no lleve su cruz detrás de mí, (...) el que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío (Cfr. Lc. 14, 25-33).

Pero Jesús no nos pide ese desprendimiento más que para adherirnos más a él. “La fe en Jesús pone en su sitio la relación con la familia, consigo mismo y con los bienes de este mundo... La razón de estas distancias es la comunión con el Cristo crucificado y resucitado” (B. Chenu - La Croix, 8-9/9/01). Las palabras de Jesús hacen su camino en el corazón de Adela; quiere pertenecerle con todo lo que es: *divino Jesús mío, quiero ser únicamente tuya, solamente tuya, sin reservas ni retorno* (196.5). A través de estas palabras, vemos el celo ardiente que la anima. Entregándose al amor de Jesús, acoge lo que habita en el corazón de su Señor. Se une con él en el camino del calvario, donde se ofrece para liberar a los hombres del mal, de todo lo que les hace cautivos, incapaces de amar.

Llevemos con nuevos ánimos la cruz de nuestro cargo (420.3)

Adela es feliz en el seguimiento de Cristo e invita a no rehuir la cruz e incluso a abrazar la que el Señor nos ofrece: *abracemos con valentía la cruz que nuestro Señor pone en nuestros brazos. No la arrastremos, llevémosla, y tengamos la seguridad de que, si la llevamos, ella nos llevará a su vez hasta el cielo* (196.4). No hay nada de malsano, sino un buen sentido espiritual. No se trata de correr tras las cruces que nos inventamos, sino de llevar su cruz, la de cada día, como lo pide Jesús. Naturalmente reconoce que no siempre es fácil y, así, escribe a una superiora: *¡que venga la paz a tu corazón y lleves tu cargo con valentía! Te confieso que también yo tengo momentos de desánimo al ver mis responsabilidades. (...) Tenemos que llevar nuestra cruz, nos la ha impuesto Dios, no hemos ambicionado nuestro cargo, no lo hemos buscado, estamos convencidas de nuestra incapacidad, tengamos pues confianza* (579.6).

Su confianza se funda en que está en su sitio, en el que le ha sido confiado, cuando se sintió llamada a tomar la responsabilidad del nuevo Instituto que contribuyó a fundar, cosa que no deseaba. En la fe, lo aceptó, porque reconoció la voluntad de Dios. Cuenta pues con él para que la acompañe. ¿No se han comprometido ambos? Puede ayudar entonces a la madre Encarnación, que le cuesta asumir la responsabilidad de la comunidad de Condom, diciéndole: *no llevamos solas la cruz, el divino Esposo la lleva con nosotras y él carga con las tres cuartas partes*. (585.7). Una vez más, habla por experiencia. En sus cartas, cita dieciséis veces esta palabra de Jesús en Getsemaní: “Padre mío, si es posible, que pase y se aleje de mí este cáliz. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres” (Mt. 26, 39). Ciertamente, no asume la cruz regocijo del corazón, pero, como su Bienamado, va hasta el final del amor, de ese amor que le conduce a aceptar la voluntad de Dios, por crucificante que sea, pues la unión que mantiene con Jesús la arraiga en la certeza de que él siempre está ahí y permanece el mismo: todo amor, a pesar de las apariencias.

Hacer conocer y amar a aquél que quiere que vivamos de su amor

Compartiendo la cruz de Jesucristo, Adela descubre cada vez más lo que habita el corazón del esposo: el deseo de que los hombres “tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn.10, 10). Ella nos urge a hacer conocer, amar y servir a su Bienamado, al que es fuente de vida, porque sabe que no encontraremos nuestra paz, nuestra felicidad, más que entregándonos a él. El esposo le hace compartir su amor a todos los hombres de tal forma, que se maravilla de estar asociada a procurar su gloria, cuando dirige estas líneas al señor Lacaussade, que negocia la adquisición de la casa de Tonneins: *¡Qué consoladora es la caridad de Jesucristo, que nos ha reunido (...) para trabajar por su gloria, para hacerlo conocer!* (373.6), y escribe a sus hermanas al salir del retiro: *ardamos ahora de celo*

por hacer conocer a Jesucristo. Estemos dispuestas a ir por todas partes para hacerlo amar (534.6).

Adela, a quien devora el celo, nos interpela fuertemente: estemos dispuestos, como ella, para ir hasta el fin del mundo con el fin de que una sola persona descubra que es amada por Cristo y responda a su amor ¿Qué hacemos para que el Amor sea amado? Adela encarna esta palabra de San Pablo: “Nos apremia el amor de Cristo, al considerar que si uno murió por todos, todos murieron. Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos” (2 Cor.5, 14-15). *Hagámoslo conocer y lo haremos amar. Ardamos de amor por su gloria, para ganarle los corazones (306.3).*

*Señor, tú nos amas con un amor infinito,
y te haces mendigo de nuestra respuesta.
Abre el oído de nuestro corazón
para que oigamos tus suaves sollicitaciones
y respondamos con amor a ellas,
sin temor de preferirte a todo.
Pues sólo a la luz de tu rostro,
descubriremos qué hacer
de nuestros afectos, de nuestros bienes
e incluso de nuestro yo, tan abusivo a menudo.
Concédenos la gracia,
de coger la cruz de cada día
y caminar siguiéndote
en la paz, la confianza y la alegría.*

VIII

Con los apóstoles, esperando al Espíritu Santo

*Tratemos de pasar bien los diez días
que van desde la Ascensión a Pentecostés,
muy unidas a los apóstoles...
Mantengámonos muy vigilantes,
velemos más que nunca para evitar (los pecados),
y ojalá el santo día de Pentecostés
podamos vernos completamente cambiadas,
totalmente transformadas en unas criaturas nuevas que,
a ejemplo de los apóstoles,
de débiles, cobardes y tímidas que éramos,
nos hayamos convertido en fuertes, valientes y fervorosas,
abrasadas de amor y dispuestas a abrazar a los demás (304.5).*

Fue el día de la fiesta judía de Pentecostés, que recuerda el nacimiento del pueblo de Israel, cuando los apóstoles, reunidos en el cenáculo como les había pedido Jesús, recibieron el don del Espíritu. Se hicieron entonces capaces de poner por obra la consigna dejada por Jesús. “Id y haced discípulos de todas los pueblos” (Mt. 28, 19).

Adela, profundamente marcada por el sacramento de la confirmación, procura vivir intensamente cada fiesta de Pentecostés, por eso recurre a menudo al texto de los *Hechos de los Apóstoles*, que nos cuenta lo que pasó ese día. Insiste particularmente en la necesidad de acoger juntos el don del Espíritu. Valora así la dimensión eclesial: *para recibir este divino Espíritu es necesario que todos tengamos los mismos sentimientos y el mismo afecto hacia Dios que quiere enriquecernos con el don más extraordinario de su ternura* (81.3). Hay que prepararse como los apóstoles, para dejarse renovar por el Espíritu para el servicio de la misión.

Tiempo de preparación

Desde la Ascensión a Pentecostés, los apóstoles se reunían, asiduos a la oración, en la espera de la promesa. Así como lo propone la Iglesia, esos días serán pues días de oración, de retiro, de espera, de súplica ardiente: *Recojámonos bien; estemos continuamente en compañía de los apóstoles, que esperan al Espíritu Santo; invoquémoslo y atraigámoslo por el fervor de nuestras oraciones; y este Espíritu de amor y de fuego lanzará algunas chispas en nuestros corazones para caldearlos y sacarlos de su tibieza. Suspiremos pues por este feliz día. Adiós, mi buena Águeda, te abrazo entrañablemente en el Cenáculo. Reunámonos en él a menudo. Lo mismo digo a las asociadas* (80.8). En la lectura de este texto llama la atención el deseo intenso, la esperanza firme de Adela. Quiere ser también una gran apóstol y se da cuenta de que para ello tiene necesidad del Espíritu Santo, pues sabe lo difícil que es mantenerse en constante vigilancia, en lucha contra la rutina. Por eso, escribe tantas veces: *¡Avancemos en la virtud, porque el que no avanza retrocede!* (46.5). Durante toda su vida, está en actitud abierta y acogedora del Espíritu, para vivir con valentía su vida cristiana y responder siempre mejor a la misión.

Son días de liberación

Este tiempo de oración ayuda a liberarse de toda esclavitud. Adela invita también a romper con el pecado, a tener gran pureza de corazón. Sabe por experiencia, porque vive en medio de sus hermanas, qué difícil es dar cabida total al Señor. Es tan fácil volver a ocupar en seguida lo que se ha dejado. *¿Cómo os estáis preparando a la venida del Espíritu Santo? ¡Qué gran necesidad tenemos de una abundante efusión de sus dones para nosotras, para nuestro Instituto y para nuestras obras!... Para ello, rompamos generosamente con todo lo que nos tiene todavía esclavas de nosotras mismas. Es necesario que los apóstoles estén desprendidos de todo para no buscar más que la gloria y los intereses de su noble Señor (578.2).*

Son días de comunión profunda: *os cito a todas en el cenáculo el santo día de Pentecostés para recibir juntas al Espíritu Santo (326.10)*. Los *Hechos de los Apóstoles* nos dicen que los apóstoles estaban reunidos en el cenáculo. Adela ha comprendido el mensaje. Las asociadas, aunque dispersas por el mundo, deben reunirse de corazón y con todo el afecto para recibir al Espíritu Santo. La dimensión comunitaria y eclesial es fundamental para Adela. Ella quiso consagrarse al Señor, no solamente por el estado religioso disperso en la sociedad (una especie de instituto secular) que el P.Chaminade le proponía, sino en una vida religiosa comunitaria. La comunidad es una realidad muy fuerte en la vocación de Adela, en su carisma. Es además hija de la Iglesia y no desea más. *Que un gran número de jóvenes hagan revivir, por su fervor, los bellos días de la iglesia naciente (325.3).*

Así, acoger al Espíritu supone una actitud de disponibilidad, un gran deseo de dejar todo el sitio al Señor, para que el Espíritu tenga la posibilidad de actuar como desea. Adela acogió día tras día la gracia del Señor, el don del Espíritu, dejándose renovar sin cesar. Esperó la hora del Señor y, como en María, el Espíritu Santo pudo hacer en ella grandes cosas.

Al servicio de la misión

El Espíritu de Pentecostés actuó en los apóstoles y los transformó en criaturas nuevas, capaces de hacer lo que el Señor les había ordenado: anunciar la Buena Nueva de su muerte y resurrección al mundo entero. El Espíritu sigue actuando en las personas. Adela nos lo declara: las obras deben proclamar que hemos recibido el Espíritu de Amor, como ocurrió con los apóstoles: *¿Hemos recibido el Espíritu de fuego de amor? Nuestras obras nos lo demostrarán. Porque, como sabes, al salir del cenáculo, los apóstoles eran unos hombres completamente transformados: de cobardes y tímidos que eran antes, se volvieron encendidos y dispuestos a sostener su fe en Jesucristo a riesgo incluso de su vida. ¿Hemos sido transformadas así, mi buena Águeda? Seamos, pues fervorosas en buenas obras (82.4-6; cfr. 81.2; 125.3; 304.5).*

Adela no se contenta sólo con palabras, deben ir acompañadas por las obras. Ha comprendido lo que el Señor nos dice con estas palabras. “No todo el que me dice ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo” (Mt.7, 21).

Transformados

Transformados, *los apóstoles fueron a predicar y convertir a todas las naciones;* y prosigue entonces aplicándolo a nosotros, *nosotras, por nuestros ejemplos y por nuestros consejos dados oportunamente, tratemos de contribuir a la salvación de las almas. Es uno de los fines de nuestra Asocia-*

ción... *¡Qué felices seríamos, si pudiéramos cooperar a la salvación de un alma rescatada por la sangre de un Dio!* (82.6).

En otra carta, escribe: *¡Que esas lenguas de fuego hagan a nuestras lenguas puras y valientes para proclamar las alabanzas del Señor, para darlo a conocer y hacerlo amar!* (292.2). Y lo explica en otro momento: que el Espíritu Santo nos abrase de amor para que abrasemos con amor a los demás. (Cfr. 304.5).

Fuertes en la fe

Fortalecidos con la fuerza del Espíritu, los apóstoles ya no tuvieron miedo de anunciar la Buena Nueva, por eso, *que el respeto humano no nos haga enmudecer en lo sucesivo. Cuando se trata de dar testimonio de nuestra religión, riámonos de los discursos y de la atención del mundo. No busquemos sino agradar a Dios* (125.4). El Espíritu Santo nos dará la valentía incluso para ser mártires, si fuere necesario: *a ejemplo de los apóstoles, seamos como ellos, si es necesario, mártires para gloria de nuestro divino Maestro y la salvación de las almas* (579.3).

De todo lo que hemos dicho podemos concluir que acoger al Espíritu de Pentecostés supone prepararse unidos, en iglesia, por la oración y el recogimiento. Haciendo irrupción en nuestras vidas, como en la de los apóstoles, el Espíritu de amor expulsará todo miedo y nos abrirá a la audacia apostólica. Ciertamente, nos sacudirá, nos desinstalará de nuestras costumbres, sacándonos de nuestra rutina, pero nos dará la fuerza para afrontar la incomprensión de aquellos con los que vivimos, contando, no con nuestros talentos, sino con la fuerza del Espíritu de Pentecostés. Nos llenará con su amor para que lo podamos comunicar a nuestro derredor. Nos hará creativos para la misión y nos conducirá por caminos que él solo conoce y que podrían incluso terminar en el martirio.

*Espíritu de amor, nos ves reunidos
para disponer nuestros corazones a acogerte.
Ven a nosotros, aleja todo miedo,
llénanos de tu fuerza y de tu audacia,
danos las palabras que revelaran el amor del Padre,
enseñanos los gestos que mostrarán la presencia de tu Hijo,
haz de nosotras apóstoles,
de los que el mundo de hoy tiene necesidad.
Que en iglesia en medio de los hombres de este tiempo,
nuestra vida desvele el amor que Dios tiene a cada uno.*

IX Seamos como los apóstoles

*Dios mío, mi corazón es demasiado pequeño para amarte,
pero te haré amar por tantos corazones,
que el amor de todos esos corazones suplirá la pequeñez del mío (325.4).*

Maravillada por ese amor del Señor, que la hace vivir, Adela, desde su confirmación, no tiene más que un deseo: hacer conocer y amar a ese Dios que la ama y que ella quiere amar cada día más.

La “Pequeña Asociación”, que fundó con su amiga de confirmación, se proponía un doble fin: *servir a Dios y conquistar almas para Jesucristo* (Cfr. 3.5). Y como ella escribe también: *reavivemos cada vez más nuestro fervor, puesto que debemos ser unos pequeños apóstoles, pero comencemos por nosotras sobre todo: el ejemplo es el mejor predicador* (172.3). En la correspondencia que mantiene con la madre Emilia de Rodat, fundadora de la Sagrada Familia de Villafranca, le impulsa a implantar la Congregación en su ciudad natal y le da esta explicación: *el verdadero secreto de la Congregación es formar almas llenas de celo por la salvación del prójimo y la gloria de Dios. Cada una, en su estado, debe ser una pequeña misionera en su familia, entre sus amigas y vecinos* (425.6). Desde la edad de dieciséis años, la Congregación es su “obra de predilección”. Es el medio que el Espíritu Santo le ha inspirado para remediar la miseria del campo, que tanto le impresionó recorriendo las aldeas a su vuelta del exilio. Cuando se fundó el Instituto de Hijas de María, dio gran importancia a la formación del noviciado, porque estaba destinado a formar pequeños apóstoles. Y así escribe a las novicias de Burdeos: *cuánto ansío que llegue el momento de enviaros como apóstoles a la conquista de las almas* (641.10). Y también: *id a echar las redes del amor divino en los lugares en los que os envíe la Providencia; no tengáis otro deseo más que el de estar en el lugar en el que Dios quiera* (618.5).

La misión no es obra nuestra, sino de Dios

La idea de Adela es muy clara, lo que cuenta ante todo es *hacer la obra de Dios: Sea nuestro único designio servir mejor al Señor, entregarnos a su servicio, hacer progresar su obra* (451.3). Muy realista, advierte que si colaboramos en la obra de Dios, encontremos oposición y tendremos que combatir el combate de la fe contra el príncipe de las tinieblas. *Disponte a encontrar muchas contradicciones; serán incluso la prueba y la señal de las obras de Dios*. Y prosigue dándole este consejo lleno de buen sentido espiritual: *ármate con un gran ánimo y confianza en la protección de aquél por quien trabajas. No te atribuyas ningún éxito: lo estropearías todo* (460.4). Si, realmente él será nuestra fuerza, nuestro apoyo y nuestra roca. Por lo demás, ¿qué podemos hacer por nosotras mismas?, ¿no hemos recibido todo de Dios? *Tengamos siempre el convencimiento de que Dios es el único autor, nosotras no somos más que unos débiles instrumentos* (408.8). Seguras de que *Dios hace triunfar siempre su obra* (666.3), pongamos nuestra confianza en Dios, sin preocuparnos excesivamente por el resultado. *Hagamos lo que podamos y Dios hará el resto. Sobre todo, recemos, porque como el éxito descansa en Dios, la oración humilde y perseverante puede mucho* (305.2). Entreguemos a Dios, en la oración, lo que hayamos hecho, éxito o fracaso. Es él quien dará el crecimiento.

Dejarse convertir por la palabra

Cooperar en la obra de Dios, es comenzar por dejarse transformar por la palabra, los sacramentos recibidos...

Consciente de todo lo que ha recibido del Señor, no duda en escribir: *lo que podría estar bien en una persona será considerado muy imperfecto en nosotras, que hemos sido iluminadas con tantas luces y ayudadas con tantas gracias* (243.5). Entonces: *hagamos progresar la acción de Dios en nuestras almas* (636.6). O en otros términos: *colaboremos con entusiasmo con la obra de Dios en las demás y sobre todo en nosotras mismas* (651.6). A una de sus hermanas sugiere: *pide a Dios que sea él mismo quien te instruya, para que puedas instruir a los demás para su mayor gloria. Él mismo pondrá en tu boca las palabras* (412.2). Se da cuenta de todo lo que el Señor le ha concedido comprender por la oración en la que ha profundizado su intimidad con Cristo, en comunión estrecha con la Virgen María, que guardaba todo en su corazón. Y es precisamente ese amor, cada día renovado, el que quiere compartir a su alrededor, porque ese amor da sentido a todo lo que ella vive.

Hacerse todo a todos

A ejemplo de san Pablo, Adela escribe: *seamos muy amables y caritativas con nuestro prójimo; hagámonos todo a todos para ganar a todos a Jesucristo* (172.4). Ser todo a todos, es tener en cuenta a cada uno con sus necesidades, como lo hace el Señor que conoce a cada uno por su nombre. Y así escribe Adela: *no puede convenir el mismo alimento a todos los estómagos, uno necesita carne sólida, otro no puede alimentarse más que de leche* (321.4). A una superiora le dice: *que nuestras hijas encuentren siempre nuestro corazón abierto a todas sus necesidades, dispuesto a soportar sus debilidades, haciéndonos todo a todas para que todas sean de Jesucristo* (353.11). Se da totalmente a las asociadas, a las jóvenes con el deseo de ganar almas para Dios, para hacerse digna del *estado casi apostólico* (301.3) al que se siente llamada. En cuanto le dan la responsabilidad de superiora, se consagra a sus hijas: acoge, intenta comprender, anima, reaviva su fe, les ayuda a avanzar por el camino de la santidad, bien convencida de que ahí está su principal misión ya que sus hijas trabajan más en la misión exterior. Sin embargo tal actitud no se da espontáneamente, supone un trabajo perseverante sobre sí misma unido a una apertura al amor de Dios que da fuerza y ánimo. *Es necesario saber renunciarse sin cesar para correr donde la obediencia nos llama para gloria de Dios y la salvación de las almas* (597.3). Y cuanto más abundantes son los favores de Dios, más debemos *redoblar nuestro agradecimiento, nuestro amor a él* (243.4).

Dios realiza su obra a pesar de nuestra debilidad

De joven, Adela tuvo la experiencia de la enfermedad, una enfermedad que la condujo a las puertas de la muerte. De religiosa, renueva esta experiencia que la lleva a descubrir que se puede ser misionera incluso desde una cama de enferma: *Es preciso querer servir a Dios como él quiere y no como queremos nosotros. No hay que querer lanzarse a la conquista de las almas cuando él nos quiere en el lecho del dolor* (303.8). Experiencia fuerte que nos desvela el corazón de Adela. Le cuesta tener que disminuir sus actividades debido a su enfermedad, pero, como busca la voluntad de Dios, puede escribir: *mantengámonos en paz siempre dispuestas hacer los sacrificios que el Señor exija de sus pobres siervas. ¡Qué agradable repetir la hermosa frase de María! “He aquí la esclava del Señor”* (714.3.4). Sabe lo que dice cuando escribe: *tu impotencia va a ser la sede de la omnipotencia del Señor. Mirará tu bajeza y realizará su obra en ti y por ti* (543.13). Dios, el todopoderoso en

amor, tiene más necesidad de nuestra respuesta de amor que de todo nuestro pretendido saber hacer. ¿No hemos recibido lo que somos y tenemos de su mano?

Rogar al dueño de la mies

Frente a la amplitud de la misión, Adela hace suyo el mandato del Señor: “La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies” (Mt.9, 37). Esta actitud repercute en sus hermanas, la madre Emilia de Rodat... y hasta en el seglar señor de Lacaussade, director de las manufacturas de tabacos de Tonneins, que se ha encargado de adquirir la casa destinada a las hermanas. *Ahora hay que pedir al Señor que envíe obreras a una mies tan extensa* (392.6).

*Oh Dios, fuente de vida y de toda santidad,
te damos gracias
por el ardiente espíritu misionero
y el amor filial a María
que infundiste en el corazón
de tu sierva Adela de Trenquelléon.
En breve curso de su existencia,
trabajó con entusiasmo y perseverancia
para acrecentar la fe y el amor a Cristo y a su Madre
en todos los ambientes,
especialmente entre los jóvenes y los más necesitados.
Concédenos, Señor, que, como ella,
seamos signos de tu amor entre nuestros hermanos y,
a fin de que tu sierva sea glorificada en la iglesia,
otórganos, por su intercesión,
las gracias que te pedimos...
por Cristo nuestro Señor. Amen*

(Oración para pedir la beatificación de Adela)

X

Vayamos a beber en la fuente de la oración

*Pidamos una por otra el espíritu de oración,
 ¡Si conociéramos el valor de la oración,
 de esa conversación íntima con el Esposo celestial,
 de las gracias que recibía en ella una santa Teresa!
 Allí sacaba la miel de la sublime doctrina
 que distribuía a sus hijas.
 Vayamos a beberla en la misma fuente (456.6).*

A Adela le atrae el carmelito de muy joven. Este atractivo se caracteriza por un amor apasionado a Cristo, a quien ha aprendido a amar y a orar en la escuela de su madre. Unos meses después de su vuelta al castillo familiar, pide al señor Ducourneau, el preceptor de su hermano, con la autorización de su madre, un reglamento de vida espiritual. Uno se extraña, al constatar que exige media hora de oración por la mañana y media hora por la tarde. ¡Tenía entonces trece años! Y así, cuando toma la dirección de la “Pequeña Asociación”, no le cuesta ningún esfuerzo escribir con naturalidad a sus asociadas. Sus cartas revelan el objeto de su encuentro con el Señor y a partir de ahí estimula, da ánimos a sus amigas para vivir la vida de la fe y a ser testigos del amor de Dios allí donde se encuentren. La relación que mantiene con Cristo es personal, dinámica y no le deja inerte. Intenta adelantarse siempre para hacer conocer y amar al Bienamado.

La oración: Conversación íntima con su Celeste Esposo

La oración es un tiempo de intimidad con el que se nos revela y al que se puede confiar todo lo que nos preocupa, en cuanto a nosotros y a los demás. Entonces, escribe: *presentémosle a menudo las necesidades de nuestras queridas hijas* (539.2). No siempre sabemos lo que conviene a las personas que cuentan con nuestra oración, por eso: *encomendaremos a Dios las diversas necesidades y con esto quizá haremos mucho más que con nuestras palabras* (601.4).

Para Adela, en la oración encontramos lo que necesitamos para la misión, pues Dios está en la fuente de todo. Parafraseando la carta de san Pablo a los Corintios invita a poner nuestra *confianza en Dios; nosotras podremos plantar, regar, pero solo Dios puede dar el crecimiento. Vayamos a encontrar nuestra fuerza en Dios mediante la oración; confiemos mucho más en la gracia de Dios que en nuestras palabras, que no son más que un sonido vano, si Dios no las hace comprender. Mucho me temo que confiemos demasiado a veces en nosotras mismas. ¡Dios mío solo tú puedes tocar los corazones!* (539.2). De corazón a corazón con su Señor, aprende a desconfiar de ella misma para que él pueda actuar en ella y a través de ella como quiera. A su lado, encuentra el alimento, la luz que necesita para conducir a los otros, como los santos lo enseñan, pues *en la oración obtenían las luces para guiar a su querido rebaño santa Teresa, san Francisco de Asís.* (565.2). *Oremos mejor, ésta era su conclusión. Hay que ir a beber a las fuentes.*

La oración es un lugar de descanso en la agitación y está bien pararse, en medio de las múltiples actividades, para hacer balance y recordar por quién y en nombre de quién uno se gasta. *Tu alma necesita ese descanso, como el cuerpo de una persona rendida de cansancio necesita la cama. Estarás mucho mejor dispuesta para resolver los asuntos al salir de un momento de recogimiento que cuando tienes la cabeza repleta de preocupaciones* (608.4). En la oración el Señor viene a apaci-

guar, *que él nos dé esa paz tan deseable que no depende ni de los acontecimientos ni de nada del mundo* (264.2), porque *encontraremos en este santo ejercicio nuestra paz, nuestra fortaleza y nuestro consuelo* (466.2). Sin embargo no se trata de entregarse a la oración por los consuelos que se pueden encontrar, sino más bien para dejar que se manifieste la voluntad de Dios y ser así capaces de ponerla por obra. A una novicia le desea que sea una *hija de oración, y de una verdadera oración, sin hacerse vanas ilusiones, buscando con pureza de intención sólo Dios y no los consuelos de Dios, sólo su voluntad con toda sencillez y pureza* (552.3).

Oración y Comunión

En los consejos que da, Adela une a menudo oración y comunión. En una y en otra se vive un verdadero encuentro con el Salvador. Una y otra pueden unirnos al Señor y concedernos sus dones. La condición estriba en reconocer su pequeñez, sus debilidades y vivir de la fe de manera que el Señor pueda realizar su obra en nosotros: *encuentra fuerza en la oración y en la sagrada comunión. Tu impotencia va a ser la sede de la omnipotencia del Señor. Mirará tu bajeza y realizará su obra en ti y por ti* (543.13). *Vive de la fe, de una fe totalmente desnuda, mantente por la oración, por la sagrada comunión. Vida interior, vida de fe, vida escondida en Dios* (584.7). Encontramos más allá de estas palabras la mirada que dirige a María en la que Dios ha hecho maravillas, precisamente a causa de su pequeñez.

Vivir en presencia de Dios

Lo que nos va ayudar a permanecer en la intimidad del Señor, a vivir en su presencia a lo largo del día y a través de las diversas actividades que se presentan, será acostumbrarnos a *hablar con Dios* (151.5), a hacer silencio, a amar la soledad, porque *sólo allí se puede oír la voz del Amado* (184.4). *En la soledad es donde Dios habla al corazón* (60.5). De Jesús que nace en la oscuridad de la noche *aprendamos a amar la vida escondida en Dios* (60.5). En lo más arduo de la misión, nos invita al recogimiento: *mantengámonos más recogidas, más unidas a Dios en nuestras acciones. Hagamos como el Buen Padre: una elevación antes de hablar y de responder, eso moderará nuestro apresuramiento* (565.2). Se trata de permanecer unidas a Dios para ver lo que Dios quiere realizar a través nuestro, y para eso, tenemos que desterrar todo lo que pueda oscurecer la imagen, impedir una palabra que se debe decir, destruir el gesto que se debe hacer. En una palabra, será preciso *mantener un espíritu interior en todas las acciones* (621.7).

Recurrir a oraciones jaculatorias

Ya desde sus primeras cartas, Adela las empieza con una jaculatoria (que ella llama “acto”), es decir, un versículo de un salmo, o del evangelio, la frase de una lectura, siempre relacionado con el tiempo litúrgico. Con estas frases cortas, que se deben tener en cuenta con todo su corazón a lo largo del día, buscaba ayudar a sus corresponsales a mantenerse en la presencia de Dios, a recordar lo que querían vivir, a ayudarse mutuamente en la respuesta a la llamada de Dios. Como ella misma dice: *¿De qué nos serviría el uso de las jaculatorias si las dijésemos sólo con la punta de la lengua y sin que el corazón tomase parte en ello? El gran mérito de este tipo de oraciones consiste en que, al ser cortísimas, las podemos decir sin distracciones y con mayor fervor* (153.2.3). Por eso se las recomienda a todas sus corresponsales: *hagamos mejor nuestras oraciones, nuestras meditaciones, mantengámonos mejor en la presencia de Dios, multipliquemos nuestras jaculatorias* (329.3).

Si conseguimos permanecer unidas a Dios a través de todo lo que hacemos, podremos referir todo a Dios *que debe ser el principio y fin de todas de todas nuestras acciones; no busquemos sino su gloria* (85.3). Así realizaremos el deseo de Adela: *quisiera que estuviéramos todas unidas con un mismo corazón y un mismo espíritu, trabajando para gloria de nuestro buen Maestro, Jesús* (85.3). Cantar la gloria de Dios, uniéndonos de corazón en la oración o en el servicio de aquellos a los que somos enviados, tal es el fin de toda nuestra vida. *Sí, es el único fin que debemos proponernos en todo: su gloria y el cumplimiento de su santa voluntad* (53.2).

Todo en nuestra vida se tornará oración

Habitada nuestra vida por la presencia del que nos ama, no buscando más que agradarle, todo se tornará oración. *Para un cristiano, todo puede y debería convertirse en oración. Hagamos todo por Dios, y entonces todo se volverá oración* (277.4).

*Señor, procuro el silencio, estás ahí, te amo y te adoro.
 El ruido de los encuentros se calma,
 las llamadas a ayudar pierden su intensidad,
 las diversas actividades encuentran su justo lugar...
 Está bien gustar tu reposo.
 En fin, puedo prestar atención a tu voz,
 decirte de nuevo que tú eres todo en mi vida,
 puedo escucharte, y suavemente tú me dices:
 “Soy manso y humilde de corazón,
 mi fuerza se despliega en la debilidad,
 ama, como eres amada”.*

XI

No agradaremos a Jesús más que amando a María

*María es nuestra Madre,
confiemos en su ayuda (...)*

Somos de ella.

*Debemos pues tener un corazón filial,
recurrir a menudo a ella con la confianza
que inspira la más tierna de las madres (...)*

*Además, no podemos agradecer a nuestro celestial Esposo,
más que amando a su madre que él tanto quiere
y que la ha hecho dispensadora de sus gracias (574.3).*

Tomar a María como modelo

A Adela le gusta contemplar a María en las escenas de la Anunciación y de la Visitación. Nos invita a reproducir la humildad de María, *virtud favorita* de Dios, y añade: *imitemos esta virtud* (17.4). La humildad atrae la riqueza de los dones del Señor. *Exclamemos con la Santísima Virgen: el Señor ha mirado la bajeza de su sierva y ha hecho en mí grandes cosas; ¡bendito sea por siempre su Nombre!* (287.4 – 324.3). De María aprende, en efecto, a referir todo a Dios, autor de todo bien.

Adela, se complace también en tener muy en cuenta otras virtudes de María: su pureza, *que nuestros corazones no ardan más que para el Señor* (35.13); su obediencia: marcha para ponerse al servicio de su prima, ejecuta la orden del emperador de censarse; *imitemos entonces esta obediencia en las inspiraciones que Dios nos concede para hacer el bien* (17.5); y también la fe: *¡Ojalá poseyera esa fe viva que hace meritoria todas las acciones, hasta las más comunes!* (160.6); la bondad, la mansedumbre (97.7), la paciencia en las pruebas y por encima de todo el amor de Dios: *“a su ejemplo amemos siempre a Dios con nuevo ardor”* (17.6).

Hacer de María nuestra protectora

La “Pequeña Asociación” fundada con su amiga Juana, se pone bajo la protección de María. El artículo tres del reglamento precisaba: *cada miembro se pondrá bajo la protección especial de la Santísima Virgen*. Antes de su encuentro con el P. Chaminade, escribe: *acudamos con frecuencia a la protectora de la Asociación, la Santísima Virgen María. ¡Qué poderosa es ante su Hijo! Pongámonos bajo su protección. Somos sus hijas especiales* (88.11) por la pertenencia a la Asociación y por el hábito del escapulario, práctica que Adela adquirió, cuando estuvo en el Carmelo para prepararse a su confirmación, y signo de protección de María. Esta conciencia de ser hija de María la llevará a tener una confianza inquebrantable en la intercesión de su Madre, a suplicar a menudo la protección para sus amigas, los suyos, el Instituto, el noviciado, las vocaciones. Confía todo a la que *es la más tierna de las Madres* y que su Hijo ha hecho *dispensadora de todas las gracias*.

Entregarse a María para ser de Jesús

Cuando Adela descubre la consagración a María, que el P. Chaminade propone a los miembros de su Congregación, se alegra y exhorta a sus asociadas a entregarse a María *con la consagración que hay en el “Manual del Servidor de María”* (91.6). En la fiesta de la Inmaculada, se renueva la consagración, hay que prepararse a ello *mediante una gran pureza de corazón* (205.3). Y para pertenecer a Dios para siempre, ¿qué medio es más adecuado que el de ser ofrecido por María *juntamente con el divino Niño que ella ofrece* (215.3). Y así escribe: *tengo la gozosa confianza de que Jesús habrá aceptado la ofrenda que le hemos hecho de nosotras mismas por manos de nuestra divina Madre* (294.2). Nos transmite incluso esta fórmula: *en el día de su Presentación, le pedí a nuestra divina Madre que, juntamente con ella, ofreciera a su divino Hijo toda su pequeña familia* (256.2). Así, María acoge a los que se entregan a ella para entregárselos a su Hijo. Situando bien a María en el plan de Dios y consciente de que María no guarde nada para ella, sino que todo lo eleva hasta el Padre, dirá: *consagrémonos de nuevo, juntamente con ella, al Esposo celestial* (282.3). No hay verdadera consagración más que a Dios; Adela parece haberlo comprendido puesto que se une a María para entregarse totalmente a su Hijo.

Por la consagración, María es nuestra Madre, nosotras nos hacemos sus hijos

Cuando Melania, una asociada, establece la Congregación en Pau, animada por Adela, ésta le explica que, por la consagración María *se convierte en nuestra madre y nosotras nos convertimos en sus hijas* (469.3). Algunos años antes, le había invitado a *convocar a los corazones jóvenes bajo la bandera de la Reina de las Vírgenes* (320.3). Y seguía diciendo: *unamos nuestros esfuerzos para arrancar sus víctimas al demonio y para atraer los corazones a Jesús y María* (320.4). *María debe aplastar la cabeza de la serpiente infernal* (469.2), por lo tanto, no nos debemos extrañar, si nos aliamos con ella, que tengamos que luchar contra el mal y contra el demonio. Adela se alegra por ello: *¡Qué felicidad al arrancar corazones jóvenes de las garras del demonio y colocarlos en el regazo de María!* (467.7). El regazo de María es su corazón, en donde acoge a todos los que recurren y se dirigen a ella invocándola. Para nuestros fundadores, María forma a sus hijos a semejanza de su Hijo primogénito en el seno de su ternura maternal. Entonces, debemos *procurar cada vez más la gloria de Dios y la santificación de las almas, colocándolas en el seno de María*. (cfr. 480.2). En la cruz, Jesús, mirando a Juan nos confía a su Madre; nos desvela su maternidad y desde entonces “María no cesa de cooperar con su amor maternal al nacimiento y educación de los creyentes” (cfr. Lumen Gentium, n. 63)

Al pie de la cruz, encontrar a María

María, traspasada por una espada de dolor, nos dio a luz al pie de la cruz (192.6). María está de pie junto a la cruz. Une su sacrificio al de su Hijo y acoge la nueva misión que se le confía. Adela nos invita a *mirar las cosas con los ojos de la fe y a mantenernos como María de pie junto a la cruz* (568.3). A la madre Emilia de Rodat, que le cuenta las pruebas que encuentra, le escribe: *¡Mi corazón de madre siente agudamente la espada con la que debe estar atravesado el tuyo! Entra, mi querida hermana, en el de María al pie de la cruz* (349.2). No disocia a la Madre del Hijo: *subir a la cruz con él*. *Conviene mostrarse dignas hijas de una madre que se mantiene de pie junto a la cruz. Es el momento de probar a Dios nuestro amor* (483.4). Seguir a Jesús es aceptar llevar la cruz; Adela está bien convencida y no vacila en escribir que en la cruz están los preferidos de Dios, *testigos de ello son su Santísima Madre y el discípulo amado (...) por la cruz los hace más conformes a él (...)* *¿Podemos pretender otra distinción nosotras, las hijas de una Madre traspasada por una es-*

pada de dolor? (260.3). ¡Qué fe manifiesta también Adela cuando profiere estas palabras!: *los preferidos de Jesús son los que están cerca de la cruz, (...) Pon todas tus inquietudes en el seno de Dios y él hará que todo sirva para el bien* (666.3).

Hacer conocer, amar y servir a María

Desde su primera comunión, Adela arde en un amor apasionado por Cristo. Ama también a María, su madre y se esfuerza por hacerlos conocer, amar, honrar y servir. Raramente los disocia; en efecto, haciendo amar a María, *estaremos seguras de hacer amar y servir a nuestro celestial Esposo* (334.6). Su deseo más ardiente es ver el noviciado, *vivero de esas pequeñas misioneras* (711.2), llenarse de *buenas candidatas, capaces de trabajar un día para hacer conocer y amar a Jesús y a María* (702.7). E invita a sus hijas a *trabajar muy unidas para hacer amar y bendecir a nuestro Esposo: para hacerlo conocer y hacer servir a su santa madre* (419.11). Concluye: *hay un talismán en la Congregación, que une los corazones, y ese talismán es el amor a Jesús y a María y el celo por su gloria* (324.4).

Hacer todo en nombre de María

Hacia el fin de su vida, estima que ella y sus hijas no tienen suficiente devoción a María. Sería preciso *hacer todo en nombre de María* (688.3). Puesto que han entregado todo a María, sus personas y sus bienes, hay que actuar como mandadas por María, conscientes de estar a su servicio y no buscando con ella más que la voluntad de Dios; en una palabra, dejarla actuar mediante nosotras. María sabe lo que conviene a cada una. Hay que seguir a la que es la *estrella polar* (347.4 - 452.7). El camino que indica conduce a la felicidad que Dios da por encima de las cruces de esta vida. Con María, *corríamos, pues, hacia el feliz término al que aspiramos* (15.3).

*Virgen María, nos entregamos a ti,
muéstrate nuestra madre
y enséñanos a mostrarnos tus hijos
haciéndote amar y haciendo amar a Jesús tu Hijo.*

XII

Hagámonos todo a todos

*Tratemos de que no se nos escape ninguna de estas jóvenes;
hagámonos todo a todas para ganarlas a todas (321.4).*

Hacerse todo a todos

Seducida por el celo de san Pablo, que no vacila en escribir a los Corintios. “¡Ay de mí, si no anuncio el Evangelio!” (1 Cor. 9, 16), a Adela le gusta recitar estas frases que hace suyas: “Siendo libre como soy, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más posibles. Con los judíos me he hecho judío (...) Me he hecho todo a todos” (1 Cor. 9, 19). Escribe a Águeda: *reavivemos cada vez más nuestro fervor, puesto que debemos ser unos pequeños apóstoles, pero comencemos por nosotras sobre todo: el ejemplo es el mejor predicador. Hagámonos todo a todos para ganar a todos a Jesucristo (172.3).*

Su ardor es grande, no se trata de entregarse a medias; quiere dar a conocer con todo su ser al que ama. Recuerda a las asociadas que no solamente deben tener preocupación las unas por las otras, sino por todas las personas con las que están en contacto a través de sus actividades (colegio, catecismo, visita a enfermos, actividades de esparcimiento para los niños). Y así pide por ejemplo a una amiga que rece por una de sus alumnas mayores, que estaba preparándose para su primera comunión y que la ha abandonado desde hace algunos meses, y que, según se ha enterado, se va a casar en el ayuntamiento en matrimonio civil. Adela no se resigna, no está satisfecha con lo que ha podido enseñar a esa joven quiere *hacerla venir o ir a hablarle (293.6)*. Ir siempre más lejos, buscar lo que puede hacerse todavía por cada persona para que vaya por el camino del encuentro con Dios vivo: esto es entregarse totalmente a cada uno, a cada una.

Mostrar atractiva la piedad (301.3)

Para atraer hacia Jesús, para hacerlo amar, Adela y sus amigas, llenas de amor, se esfuerzan por descubrir aquello que los demás necesitan, de qué manera ponerse a su servicio, mostrándose llenas de atenciones hacia ellos. *Seamos muy amables y caritativas con nuestro prójimo (172.4)*. En efecto, si no manifestamos nuestra felicidad de conocer, amar y servir al Señor, ¿cómo van a tener deseos de acogerlo en su vida los que nos ven vivir? Si el Señor no nos transforma poco a poco a su imagen, “él que es manso y humilde de corazón”, ¿para qué serviría conocerlo y entregarse a Él?

Reformémonos (301.3)

Para ser un poco más semejante al que iba por pueblos y ciudades atento a los pobres, a los enfermos, a los excluidos, a todos los que la sociedad deja de lado, Adela nos dice: *reformémonos, cueste lo que cueste, para mostrar atractiva la piedad y para hacer amar el yugo del Señor, presentándolo amable y ligero (301.3)*. El dinamismo que nos estimulará en los caminos de la conversión es el amor. También escribe: *amemos a Dios y nada nos será costoso: el amor hace todo fácil (172.5)*. Todos hemos tenido la experiencia, un día u otro, de haber sido capaces de superarnos, de vencer

nuestros miedos, porque, movidos por el amor, queríamos hacer un servicio, dar gusto, ayudar. Cuando se ama, cuando uno se siente amado, los obstáculos desaparecen y lo que parecía imposible se hace realidad. Con Adela, descubramos cada día un poco más el amor con que Dios nos ama; entonces nos parecerá fácil aquello a lo que nos llama.

Débiles con los débiles (364.8)

Dejándose transformar por el amor, seremos capaces de hacernos *débiles con los débiles, endeables con los endeables* (364.8). Para llegar a ello, hay que romper las barreras de protección que ocultan nuestra vulnerabilidad. Pues si vamos hacia los débiles, mostrándonos fuertes y poderosos, los hundiremos más en su debilidad. Para hablarnos del Padre, ¿qué hizo Cristo? Se encarnó, compartió nuestra condición humana en todo, menos en el pecado.

Adela nos revela así una profunda verdad: no podemos acoger al otro en la verdad de su ser más que si nos descubrimos también nosotros llenos de limitaciones, de fragilidades, de miedos. Aceptando compartir nuestras limitaciones, nuestras dificultades, nos hacemos más cercanos al otro, dejando ver que pertenecemos a la misma humanidad frágil; no hay por un lado los fuertes y por otro, los débiles. Todos somos frágiles porque nuestro origen no está en nosotros, lo hemos recibido de Otro. No somos todopoderosos.

No puede convenir el mismo alimento a todos (321.4)

Si embargo las limitaciones son muy diversas y hacerse todo a todos es encontrarse con cada uno en el momento en que está, tal como es, de ahí esta reflexión de Adela: *hagámonos todo a todos (...)* *No puede convenir el mismo alimento a todos los estómagos: uno necesita carne sólida, otro no puede alimentarse más que con leche* (321.4).

La atención y el amor al otro nos permitirán descubrir lo que debe desarrollarse de lo mejor de sí mismo tan a menudo oculto tras los muros que levanta para proteger sus debilidades. Sin el don del Espíritu, que se nos da en la oración y en la participación en los sacramentos, se hace imposible saber lo que en ese momento puede ayudar para que el otro entre en una relación de amor que acabará en un encuentro con Cristo. Lo que cuenta finalmente es revelar al que nos ama y nos llama a la Vida, Jesucristo. Adela recuerda a Amelia que acompaña a jóvenes en la Congregación (fraternidades). *Tratemos de que no se nos escape ninguna de estas jóvenes. Hagámonos todo a todos” “ para ganar a todos a Jesucristo”* (321.4 – 172.4).

Para ganarlos a todos a Jesucristo (172.4)

Tal es, en efecto, el fin: hacer descubrir y amar a Jesucristo. El único que puede saciar la sed profunda del corazón humano. De joven, Adela se preocupaba de los niños que no podían ir a la catequesis, de sus asociadas estimulando su fe y su servicio a la misión. Ya de religiosa, su correspondencia con Emilia de Rodat, fundadora de la Sagrada Familia de Villafranca, nos deja entrever las actitudes que busca desarrollar. *A ejemplo de san Pablo, hagámonos todo a todas; es la gran tarea de una superiora* (364.8). *Debemos ser la luz de nuestra comunidad por el buen ejemplo; que nuestras hijas encuentren siempre nuestro corazón abierto a todas sus necesidades, dispuesto a acoger todas sus debilidades* (353.11).

Para poder responder a las expectativas y a las necesidades de los otros, sean quienes sean, se trata de tener el corazón abierto, disponible. Esto cuesta su trabajo y Adela lo sabe, por eso escribe: *considerémonos al servicio de nuestras hermanas (...) estando siempre dispuestas a recibirlas, a acogerlas con un aspecto de bondad, pese a nuestras ocupaciones* (369.9). Esto supone vivir como vivió María, la esclava del Señor, que supo ver que el vino de la boda faltaba, a la manera de Jesús que “no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida” (Mc.10, 45). Hacerse disponible, ser acogedor en plena tarea, estar pronto en todo momento a dejarse zarandear por lo imprevisto en la persona de uno u otro; esto no es evidente y sin embargo ésta es la cuestión. Hacerse todo a todos es de alguna manera vaciarse de sí para prestar una total atención a cada uno, porque está ahí y es único. Esto nos exige relegar a un segundo plano por un tiempo lo que se hacía, por importante que fuera. Servir en verdad es dar más importancia al otro que a sí mismo. Ahora bien esto no es natural. ¡Estamos tan habituados a buscar el primer lugar, a ser el centro! Sin embargo, poniéndonos sencillamente, humildemente al servicio de nuestros hermanos, de nuestras hermanas, revelándoles, por la atención que les prestamos, que tienen un valor, los pondremos en el camino del encuentro con Cristo. Entonces, podrán acoger a su vez el amor de Dios que no se cansa de decirnos. “Yo no te olvidaré nunca. Mira, en las palmas de mi mano te tengo tatuada” (Is. 49, 15-16).

*Señor, llena nuestros corazones del fuego de tu amor:
que arda en deseos de hacerte conocer y amar.
Que nos hagamos pobres con los pobres
extranjeros con los extranjeros...
Transformados así por tu amor que nos salva,
podremos abrir nuestros corazones a toda miseria,
hacernos disponibles para los pequeños y los pobres
y seremos creativos para responder a su sed.
¡Oh Señor, enciende en nosotros el fuego de tu amor!*

XIII

El tiempo se nos va, apresurémonos a sacar provecho

*No desperdiciemos ya ni un solo instante
de este tiempo tan valioso, que se nos escapa tan aprisa (...)
Hagamos todo para Dios;
que todas nuestras acciones sean para agradarle.
De esta manera todos nuestros días
estarán muy llenos ante Dios (122.3).*

En la época de Adela, la muerte golpeaba a menudo incluso entre las jóvenes, tanto que ciertas jóvenes concebían el ideal de morir jóvenes. En tal contexto, Adela funda la Pequeña Asociación. Escribirá así: *no olvidemos que nuestra Asociación se propone principalmente merecer una buena muerte y, por tanto, prepararnos a ella todos los días de nuestra vida, porque no queremos que nos sorprenda (75.5)*. Sin embargo, lejos de ser un pensamiento morboso, se trata de un sano realismo espiritual. Prepararse a una buena muerte es sencillamente sacar provecho del tiempo que Dios nos da para vivir y cumplir lo que él quiere y testimoniarle nuestro amor y nuestro agradecimiento.

El tiempo es breve (75.3)

Esta expresión vuelve frecuentemente en la pluma de Adela. Adolescente, tiene conciencia de la precariedad de la vida por lo que ella ve a su alrededor, y esta conciencia va a acentuarse en la grave enfermedad, que sufre durante seis semanas a finales del año 1809 y que la lleva a las puertas de la muerte. Apenas recuperada escribe a Águeda: *no perdamos el tiempo. Quizá tengamos muy poco; la muerte no perdona a ninguna edad. Fíjate en mí, no tengo más que veinte años y ¡qué poco me ha faltado para rendirle tributo ...! Pero Dios misericordioso ha querido concederme todavía tiempo para hacer penitencia por mis pecados y ganar algún mérito para la eternidad (113.6)*.

Dios concede el tiempo (113.6)

Mirar el tiempo como don de Dios cambia nuestra manera de ver. Un don, no podemos derrocharlo. San Pablo escribe a los Efesios: “Fijaos bien cómo andáis; no seáis insensatos, sino sensatos aprovechando bien el tiempo presente” (Ef. 5, 15-16) En esta óptica, se sitúa Adela invitándonos a considerar el tiempo como un don, que Dios nos concede, una gracia, que podemos hacer fructificar.

El tiempo se va, apresurémonos en aprovecharlo (556.3)

Aprovechar el tiempo, sacarle fruto es sencillamente desear agradar a Dios, hacer lo que se hace con el mayor amor posible; o para decirlo con las palabras de Adela: *rindámonos totalmente a la gracia. ¡No más reservas, nunca más un corazón dividido, todo de Dios, en la vida y en la muerte! (556.3)*. Penetrada por el amor de Dios, está rebosante del solo deseo de pertenecerle totalmente y servirle en todos aquellos a los que es enviada. Sabe muy bien lo impulsiva y apresurada que es por tempe-

ramento, y por eso nos insiste en que debemos estar bien presentes en lo que hacemos, de manera que nos mantengamos bien atentos en las menores acciones. Nos dice: *no nos dejemos llevar por las prisas de hacer muchas cosas, sino apliquémonos a hacerlas mejor* (223.5). ¡Qué sensatez! ¿No hemos tenido a menudo la experiencia de tratar de abarcar muchas cosas a la vez y de acabar dispersándonos sin obtener apenas resultados, mientras que manteniéndonos serenos y apaciguados en lo que vivimos en el momento presente, hacíamos más trabajo? Entonces, conscientes de hacer lo que Dios nos pide con paz interior, quedamos más disponibles a lo que el Espíritu Santo nos comunica.

Se nos concede el tiempo para volvernos más hacia Dios, dejarle ser dueño de nuestra vida, reconocer que no siempre hemos respondido a lo que esperaba de nosotros y dejarnos convertir por su amor que nos solicita sin cesar. En varias ocasiones repite a sus hermanas y amigas: *éste es el tiempo favorable* (44.2; 556.3). El tiempo favorable es el tiempo en que Dios, a través de la liturgia, a través de su palabra, a través de los sacramentos y a través de los acontecimientos, nos llama a reconocerlo para amarlo y servirlo mejor.

No perdamos ni un solo minuto (556.3)

Quien lea las cartas de Adela queda inmediatamente impresionado por su amor apasionado. No hay tiempo que perder. El mundo necesita amor, hay que actuar rápido. De hecho, cuando se ama se tiene prisa por dar gusto, hacer dichosa a la gente, aliviarlos, consolarlos; entonces, el tiempo es precioso: *el tiempo pasa, sin embargo, la eternidad se acerca, no tenemos un momento que perder* (78.2). El tiempo nos permite construir o destruir el amor. La conciencia viva de la precariedad de la vida la estimula y la empuja a discernir no sólo lo que puede desarrollar el amor, sino también lo que lo puede disminuir o incluso anular todo impulso de amor: *que, llenas siempre del noble propósito que nos ha reunido, no nos dejemos ya arrastrar por tantos regresos del amor propio, de la excesiva sensibilidad, que nos hacen perder un tiempo precioso* (579.2). Apartar la mirada del Señor para mirarse uno mismo y tener lástima de su suerte, es perder el tiempo que Dios nos da, un tiempo hecho para amar.

Seamos vírgenes prudentes (27.5)

Hay un pasaje en el evangelio que ilustra perfectamente esta actitud de Adela y que nos invita a desarrollar: es la parábola de las vírgenes prudentes y de las necias (Mt. 25, 1-10). Aparece en las cartas, a partir de 1805 (cuando tenía dieciséis años) y llega hasta el final de 1826, un año antes de su muerte, es decir, es un texto que ilumina toda su vida.

Encuentra tres aspectos que le parecen esenciales:

- Nadie sabe cuánto tiempo durará su vida; deberá darse prisa en hacer provisiones *porque (Dios) no da a todos el mismo tiempo para prepararse* (168.3). Llegará un momento que será demasiado tarde, o como escribe a una religiosa joven: *no habrá tiempo de poner aceite en la lámpara cuando pase el esposo* (524.4), entonces *aprovecha el tiempo de tu juventud y de tu buena salud, porque no se es capaz de nada después de haberla perdido* (732.2).
- Siguiendo la meditación de esta parábola, precisa que hacer sus provisiones de aceite es desarrollar en sí la caridad, la atención a los demás, la paciencia, la ayuda mutua. Esto es vivir para Dios y para su gloria. Supone el obrar con espíritu de fe y de amor, lo que transforma las acciones más ordinarias en ofrenda agradable al Esposo. Nos anima a ver el valor que

Dios concede a lo cotidiano más banal, a las actividades más rutinarias, *las más indiferentes* (247.5), si las hacemos con gran amor, reconociendo en ellas lo que Dios espera de nosotros. Nuestra vida está más llena de cosas pequeñas que grandes. Si esperamos a vivir situaciones importantes, peligramos mucho de llegar al final de nuestra vida, sin haber hecho nada. Ayudándonos a descubrir que todo tiene su valor ante Dios, si ponemos amor, Adela nos presenta un amplio horizonte de vida.

- Finalmente éste es el tercer punto que desarrolla: hace falta haber llenado su lámpara de modo que estemos dispuestas a acoger al Esposo, en cuanto aparezca y poder *seguirlo con amor y presteza* (213.8). Estar prontas para seguirlo es como dice, vivir *siempre en continua espera del divino Esposo* (27.5). En todo esto, vemos a Adela que se ejercita en vivir habitualmente en la presencia de Dios, una presencia habitada por el amor y el deseo, una presencia vivificada por la participación en los sacramentos, la oración, la fe y el servicio.

Esto nos interroga sobre la calidad de nuestro deseo: ¿estamos habitadas por ese amor de Dios que no dice nunca “basta” y encuentra sin tregua, por el contrario, nuevas ocasiones de entregarse? Para esto, cierto, hay que salir de la rutina que mata el amor, quitando a todo el sabor y la vida. Hay que acoger con alegría y acción de gracias cada mañana de un nuevo día, que Dios nos concede para llenarlo de amor y de servicio como respuesta a ese don.

*Dios de amor y de vida,
tú, el Dueño del tiempo,
tú, el Dios que es, que eres y que vienes,
te damos gracias por este tiempo que nos das.
Enséñanos a vivirlo como una gracia,
enséñanos a vivirlo en tu paz, en tu servicio,
con alegría y con amor,
enséñanos a ser luz que refleje tu rostro de ternura,
enséñanos a permanecer siempre vigilantes
para reconocerte y seguirte cuando quieras.*

XIV Estamos en la carrera de los santos

**¡Qué gran verdad, Señor,
que lo único necesario es la santidad! (142.1).**

Dios solo es santo, pero ha creado al hombre a su imagen y semejanza. Quiere hacerlo participar de su ser, de su santidad. “Santificaos y sed santos, porque yo, Yahvé, vuestro Dios soy santo” (Lev.11, 44). Ciertamente, el hombre no puede llegar a la santidad con sus solas fuerzas. La santidad es un don, es comunión con la vida misma de Dios. Por el bautismo, Dios se nos da a nosotros. Adela tenía conciencia de esta gracia primera recibida en su bautismo el mismo día de su nacimiento. Celebraba su aniversario, daba gracias por ese amor de Dios y se compromete a dejarlo vivir en ella más y más cada día. *Considerémonos como un templo en donde reside el Espíritu Santo por la gracia. Le fuimos consagrados en el santo bautismo (253.5)*. Esta convicción le hacía escribir a una de sus hermanas: *deseo que llegues a ser una gran santa, y éstos son los designios de Dios, porque te ha amado desde la juventud (632.3)*. Dios dirige su mirada de amor a todo ser que nace y, en el bautismo, lo hace hijo suyo en el Hijo de su amor.

Esforcémonos todas en ser grandes santas: es la voluntad de Dios (510.8)

En la carta apostólica “Novo Milenio Ineunte” (30) Juan Pablo II escribe: “No vacilo en decir que la perspectiva en la que debe estar basado el camino pastoral es la santidad”. Citando un poco más adelante a san Pablo añade: “Esto quiere Dios de vosotros: una vida sagrada” (1Tes. 4, 3). Es un compromiso que nos concierne a todos los cristianos.

Adela hubiera sido feliz al leer esas líneas, ella que desde su adolescencia se había comprometido resueltamente *en la carrera de los santos*, ella que tan a menudo llevó a sus amigas, a sus hermanas a este camino de vida.

Los santos eran seres humanos como nosotras (51.3)

En cuanto se habla de santidad se tiende a pensar que son una categoría de personas distinta de nosotros. Adela tiene otra convicción: los santos no están hechos de antemano sino que tienen que llegar a serlo correspondiendo día a día a las llamadas del Señor y a fuerza de levantarse y ponerse de nuevo en camino con gran confianza: *nunca te desanimas. Aunque cada día hiciéramos mil faltas, levantémonos otras mil veces con confianza (...)* *El justo cae, pero se levanta. Ésa es la diferencia con el pecador (419.4)*.

Hacia la santidad, se camina poco a poco o más bien la santidad nos va invadiendo. La expresión preferida de Adela es “llegar a ser santas”. La santidad es un camino, un camino siguiendo a Cristo que nos llama a cargar con nuestra cruz cada día y a marchar en pos de él (Cfr. Mc. 8, 34). No debe sorprendernos entonces que el camino de la santidad pase por las tinieblas, por la muerte, antes de llegar a la luz de la vida. El camino de la santidad es el camino que Cristo siguió hasta la pascua. *Estamos en la carrera de los santos, no abandonemos el sagrado estandarte de la cruz. La enseña está desplegada, los santos nos han precedido, la ruta está trazada (419.4)*.

Con santas haremos mucho (404.11)

Adela está convencida de que sólo una vida santa, es decir cada vez más abierta, acogedora y disponible para amar, realiza la obra de Dios, justamente porque actúa, no por sus propias fuerzas, sino que deja campo libre al Señor. Y en su camino, le gusta mirar al P. Chaminade y recordar sus consejos: *tengamos también presente lo que nos decía el Buen Padre: “Con santas se hará mucho y casi nada con religiosas imperfectas”. Veamos como actúa el P. Chaminade: no se apresura, mantiene siempre el dominio de sí mismo, y sin embargo lleva a cabo muchas cosas porque la gracia hace mucho* (409.5-6).

Esta convicción la tenía desde hace muchos años. A los diecisiete escribía ya a Águeda: *¡Vamos! Un poco de audacia y de confianza en Dios, en quien todo lo podemos y sin el cual nada podemos, ya que por nosotras mismas no somos más que flaqueza y miseria* (51.4).

Entonces, si Dios está en nosotros, si es nuestro dueño, si obedecemos a las inspiraciones del Espíritu Santo, sean cuales sean, descubriremos con Adela que *el mejor medio de trabajar por la salvación de los demás es trabajar en llegar a ser santas*. (423.3) *Los apóstoles que convirtieron al mundo fueron todos santos* (535.4).

Lo mismo que Adela puede escribir que una superiora santa hace santa a su comunidad (436.4), constataremos que allí donde estemos, si estamos penetrados por la santidad de Dios, haremos que la gente sea santa, es decir más acogedora, más comprensiva, más tolerante, en una palabra más amante, pues el amor es éxtasis, hace salir de sí. El amor escucha, se comunica y se extiende hasta el infinito. Tomemos nuestro tiempo para mirar a los santos de hoy: Teresa de Calcuta, Juan Vanier, los monjes de Tibhirine... ¿Qué han hecho de extraordinario sino dejar al que es todo Amor amar a través de ellos?

La humildad es el signo de la auténtica santidad (136.5)

A Adela le gusta contemplar a María, la Virgen pura, la que dijo sí al proyecto de Dios, la que se pone a su servicio, la que *hace el acto de humildad más perfecto, declarándose la sierva del Señor, cuando él la honra con la condición de Madre suya* (35.6). Colmada con una gracia extraordinaria, la de ser Madre de Dios, María no se enorgullece, al contrario, se entrega a él como su humilde sierva. Sabe que Dios realiza en ella obras grandes y esto la arraiga más en su pequeñez. Cuánto más contemplemos la grandeza de Dios, más descubrimos que todo lo hemos recibido de él. Por eso, para agradar a Dios, para responder a su llamada, Adela nos invita a cultivar esta humildad de María exclamando con ella: *el Señor ha mirado la bajeza de su sierva y ha hecho en mí grandes cosas; ¡bendito sea por siempre su Nombre!* (287.4). Por nosotros mismos, no somos nada, pero fuertes con la gracia de Dios, confiando totalmente en él, podremos llegar a ser sus cooperadores y trabajar en su obra como lo hizo María. *El verdadero humilde se soporta con sus miserias, no se desanima por su debilidad, no se asombra, no se cree capaz más que del mal, pero espera todo de la ayuda de Dios* (566.5).

Los santos dan gloria a Dios con su vida

La santidad que irradian los santos, lejos de llevarles a enorgullecerse, los conduce a reconocer su debilidad, su pequeñez, y a dar gloria a Dios, el único capaz de realizar grandes cosas a través del

débil instrumento que tienen conciencia de ser: *mira esos grandes santos que hacían tantas cosas: se valoraban en nada* (136.5). El santo en efecto sabe por experiencia que, sin la gracia de Dios, no es nada. Por eso, consciente de que todo le viene de Dios y seguro de poder contar con él, avanza con audacia por los caminos del amor, haciéndose particularmente cercano a los humildes, los pequeños, los pobres. El amor le hace creativo para aliviar las miserias, las pobrezas que encuentra en su camino; por ello canta la gloria de Dios, que “siendo rico, se hizo pobre por nosotros” (2 Cor. 8, 9) para hasta nosotros en lo más profundo de nuestro pecado.

Llegar a ser una gran santa para la mayor gloria de Dios (266.1) es finalmente poner por obra el mandamiento que nos dejó Jesús. “Amaos unos a otros como yo os he amado” (Jn. 15, 12).

La santidad a la cual nos llama el Señor a todos es el amor, su amor que, si lo aceptamos, abraza nuestro corazón para que a nuestra vez abrasemos a todos aquellos, cercanos o lejanos, a los que quiere llegar a través de nosotros. No temamos pues emprender el camino de la santidad, que es el camino del amor, de este amor con que Dios sueña colmarnos siempre más.

*Señor, tú nos llamas a la santidad.
Nos da miedo,
porque somos conscientes
de nuestra debilidad, de nuestra miseria, de nuestro pecado.
Y tú nos dices:
dame tu debilidad, yo seré tu fuerza,
dame tu miseria, la transformaré en gracia,
dame tu pecado, lo transformaré en amor,
entonces serás santo con mi santidad
y viéndote los hombres me darán gloria
y cantarán las maravillas de mi amor.*

XV Permanezcamos firmes en la esperanza

*Así, pues, ánimo: esperemos siempre en aquél
que no cesa de colmarnos de gracias...
Es fiel a sus promesas.
El que espera en él jamás será confundido (46.2).*

La esperanza ilumina toda la vida de Adela, por eso anima frecuentemente a sus corresponsales a abrirse a la esperanza. La simple espera es humana. La esperanza reposa en la promesa de Dios, promesa de amor infinito al cual todo hombre está llamado.

Sin embargo, en nuestro vivir cotidiano, muchas cosas contradicen esta promesa de felicidad. Entonces, se puede uno refugiar en el pensamiento del cielo, quedando inmóvil en relación con las tareas de cada día; con lo cual, actuando así, olvidamos enteramente la promesa. La esperanza nos permite tener a la vez la promesa del cielo y la diligencia en nuestras tareas. Adela lo comprendió: fijos los ojos en Jesús, que, por su cruz y resurrección, nos testimonia su amor y nos asegura la victoria de la vida sobre todas las fuerzas de la muerte, ella nos invita a poner toda nuestra confianza en él, único Salvador.

¿Esperar en Dios?

Adela nos invita a esperar en Dios, porque no cesa *de colmarnos de gracias* (46.2). Está convencida del amor que Dios nos tiene, convencida de que nunca nos dejará reducidos a nuestras solas fuerzas, nunca nos abandonará, por el contrario, nos dará siempre la gracia, la luz que necesitamos para llevar a cabo su obra. Pero para ello, debemos confiar en Él y pedir su ayuda: *pidamos, pues, (su ayuda) con insistencia, con fe viva y esperanza firme y no nos faltará* (95.4). Y si nos acecha la tentación de bajar los brazos, recordemos lo que dice a Águeda: *el demonio ronda en torno nuestro, querida Águeda, permanezcamos firmes en la esperanza de que Dios nos otorgará su ayuda* (67.4). Creados por Dios, no encontraremos nuestra felicidad más que en él, por eso *no pongamos nuestras esperanzas, nuestros deseos, nuestras alegrías más que en el Bien Amado: él solo es capaz de llenar todo nuestro corazón, que no ha sido creado sino para Dios* (125.5). Este ideal que propone nos parece a menudo difícil de alcanzar y cuando el camino se hace más árido, más duro, más espantoso y perdemos de vista esta llamada, no olvidemos a qué estamos destinados. Adela también hizo esta experiencia.

En el combate de la vida permanezcamos firmes en la esperanza

¿Cuántas veces no hemos experimentado que lo que Dios espera de nosotros está por encima de nuestras posibilidades o que lo que nos sucede es incomprensible? Con mucho sentido común, Adela vuelve su mirada hacia Cristo. Escribe: *tenemos una gran tarea, pero no nos desanimemos. ¿Qué no vamos a obtener de un Dios que nace en un pesebre por nuestro amor? Pongamos nuestra esperanza en él solo y no seremos confundidas* (144.5). ¿Nos sobrepasa la tarea? Miremos a Dios que se hace un bebé, alguien que no puede nada. Esta tarea que nos supera ¿la hemos buscado, o nos ha sido confiada? Si nos ha sido confiada, no tengamos miedo. *Es su obra y no la nuestra*. Y Adela nos

recuerda que Dios *con frecuencia se sirve de los instrumentos más viles para realizar grandes obras* (346.7). Estamos así bien situados en nuestro puesto y seguros de la ayuda que Dios no nos negará. Podemos tener confianza: *él nos ha impuesto esa carga, debemos esperar que su bondad nos dé la fuerza para llevarla* (414.3). La “carga” de la que habla es la responsabilidad de la nueva Orden que ha fundado, responsabilidad que también tiene la madre Emilia de Rodat, fundadora a su vez de la Sagrada Familia de Villafranca, con quien comparte sus preocupaciones y sus alegrías. Adela va más lejos. Sabe muy bien por experiencia las impacencias que tenemos por emprender las obras y querer ver los resultados enseguida. A Lolotte, que se desanima por no poder reunirse con ellas en la comunidad, le escribe: *confía en Dios, que arreglará todo a su tiempo* (305.8). Dios es dueño del tiempo y nosotros queremos tener resultados inmediatos. ¿No algo de orgullo subyacente en el fondo de todo esto? *Pero no nos desanimemos si no lo logramos rápidamente. A menudo se necesita mucho tiempo para corregirse de un defecto. El Señor lo permite así para que conozcamos nuestra flaqueza (...) y para que pongamos toda nuestra esperanza en sus misericordias infinitas y en la ayuda de la gracia* (159.5).

Aceptar dar tiempo al tiempo, es un medio de luchar contra el desánimo que nos acecha. Adela impulsa siempre al ánimo y a la determinación. Incluso si caemos cien veces al día, otras cien debemos reemprender la marcha: *nunca te desanimas, levántemonos con confianza en la bondad de nuestro Esposo* (419.4). Dios es bueno, en esta convicción debe fundarse nuestra esperanza. No quiere más que nuestro bien pues nos ama tal como somos. Es tan bueno que siempre está *dispuesto a perdonar ante un verdadero arrepentimiento* (141.6).

Esperar la comunión con Dios en la eternidad

La esperanza nos está diciendo siempre que nuestra patria no está aquí, sino allí donde Cristo nos ha precedido. Por lo tanto *estemos en esta tierra como viajeros que sólo van de paso y que no ponen en ella su esperanza* (94.6). Esta concepción de la vida eterna, lejos de paralizarla, la estimula y la empuja a introducir a sus amigas en la acción. *El cielo es nuestro destino, que, al evocar tal esperanza, se fortalezca nuestro valor* (587.3). Animada por esta esperanza, invita a desplegar como ella toda su energía en la lucha para que el reino de Dios se construya, para que los hombres, en particular los jóvenes, los niños y los pobres descubran, el gozo de ser amados por tal redentor. Se regocija viendo crecer la Congregación y extenderse el Instituto. En el noviciado, *vivero de esas pequeñas misioneras (...) destinadas a hacer amar a Jesucristo y al Santísima Virgen* (711.2), no vacila en emplear un lenguaje firme: para trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas hay que saber olvidarse. Más allá de este mundo, nos espera la felicidad plena como escribe a su amiga cuando muere su cuñado: *que te consuele la esperanza de la felicidad que está gozando tu querido difunto* (167.3). Sin embargo, solo después de haber compartido el dolor, que su amiga le confía y de haber hecho alusión a las palabras de san Pablo “no nos dejemos llevar por una tristeza desmesurada como los paganos”, escribe las palabras que preceden.

Vivir la esperanza con María

El verdadero humilde lo espera todo de la ayuda de Dios (566.5), nos dice Adela y, confortada con esta convicción, como todo cristiano, se vuelve hacia María a quien ha pedido su protección. Ve en ella a la que ha esperado la promesa. Es la mujer que ha llevado a Jesús y que ha vivido firme en la fe. Ahora nos sigue acompañando a nosotros, los hijos que su Hijo le ha confiado. En estas condiciones nos asegura: *María es la Madre de nuestra esperanza. Ella es el consuelo de los afligidos, el refugio de los pecadores. Echémonos en sus brazos maternales, que ella no se echará atrás para dejarnos caer* (94.2). Se adivina en estas palabras lo que cuenta María en la vida de Adela, la con-

fianza que manifiesta. Y cuando tiene que enviar a Tonneins a sor Natividad, que se ocupaba tan bien de la Congregación en Agen, exclama: *Entregué la Congregación en manos de María. Desde el punto de vista humano, está perdida. Pero confío en Dios y en María: se trata de su gloria. Sostendrán la obra sin recursos humano* (560.6). ¡Que confianza, qué abandono dejan entrever estas líneas! Un poco más tarde, este mensaje irá a animar a la maestra de novicias: *María es nuestra Madre, confiamos en su ayuda para lograr los fines del Instituto. Somos de ella. Debemos pues tener un corazón filial, recurrir a menudo a ella con la confianza que inspira la más tierna de las madres* (574.3).

*Señor, tú el Dios fiel,
que nos amas y quieres nuestro bien,
tú que nos asocias a la construcción de tu reino
de amor y de paz,
enséñanos a no bajar los brazos,
cuando las dificultades se presentan,
sino a poner toda nuestra confianza en Ti.
Ayúdanos, cuando llega el éxito,
a no olvidar, a ejemplo de María,
darte gracias.*